

## El punto de vista del boxeador: cómo piensan y sienten los boxeadores sobre su profesión\*

### *The Pugilistic Point of View: How Boxers Think and Feel about Their Trade*

**Loic. J. D. Wacquant**

Centro de Sociologie européenne du Collège du France.  
University of California (Francia - USA)

Los comentaristas deportivos y escritores y el resto, no saben nada del boxeo. Ignorantes. Me daría vergüenza que alguien me escuchara decir eso, o escribir eso o imprimir algo como eso (ríe con incredulidad). “El boxeo enseña violencia”... eso muestra su ignorancia. En primer lugar, lo miran desde el punto de vista del espectador. ¿Entiendes?, como viendo a un cantante o algo así: él está ahí rompiéndose el culo cantando y nosotros lo miramos porque nosotros somos espectadores o algo así. Nosotros somos sus fanáticos, pero no sabemos cuando está ahí, arriba del escenario, como él –nosotros afuera mirando, pero él está dentro mirando afuera.

Peso ligero Negro, 28

Conserje de medio tiempo, 7 años en el cuadrilátero

### **Preludio: reconstruyendo el punto de vista del boxeador**

Entre el clamor de las opiniones que emergen periódicamente para descifrar con fervor inagotable y rectitud la pregunta constante de la *anomalía* que la existencia del boxeo profesional parece constituir en una sociedad supuestamente “civilizada” – su (in)moralidad, la brutalidad que demuestra y expone, la

---

\*Publicado en *Theory and Society*, Vol. 24, No. 4 (agosto, 1995), 489 -535. Traducido por Guillermina Inés Remiro y Paola Soledad Rosica.



explotación que constituye, y la destrucción que representa<sup>1</sup> – hay una voz que siempre se ahoga y se pierde, la de los propios boxeadores.

El debate que gira alrededor del arte Masculino normalmente se interesa por las preocupaciones de aquellos que se encuentran fuera del juego, como por ejemplo las razones por las que la gente no debería boxear, en oposición a las razones *por las que ellos lo hacen* - o formulándolo más rigurosamente, los caminos por los que ellos llegan a percibir y experimentar al pugilismo como una vocación valiosa para empezar y una carrera viable a la cual dedicarse. Se focaliza en los determinantes negativos, que van desde la necesidad económica y el fracaso escolar a la desorganización familiar y el aislamiento social, que supuestamente los encauzan al cuadrilátero al reprimir otras opciones, para omitir las *atracciones positivas* que la profesión ejerce en sus miembros. E imputa con autoridad una cantidad de motivaciones individuales a los boxeadores, tales como sed de éxito material, enojo mundano, u orgullo masculino, pero rara vez se pregunta por las *disposiciones colectivas* que encuentran en este raro oficio un teatro público de expresión y que predisponen a algunos jóvenes de clase obrera a dedicarse a él.

El testimonio sobre el boxeo, ya sea a favor o en contra, característicamente se recoge de las declaraciones de los campeones, pasados o presentes, famosos o no, sumisamente filtrados y refundidos por los periodistas y escritores deportivos. Ocasionalmente, uno escucha las opiniones de la elite de las corporaciones de entrenadores o de aquellos a los que los promotores y representantes más importantes les dan una resonante vanidad, principales especuladores del comercio despiadado de los sueños y el dolor que es el boxeo profesional.<sup>2</sup> Solo

---

<sup>1</sup> “El boxeo profesional es un salto hacia atrás, un vestigio de nuestro pasado oscuro e irracional. Esa es una de las razones que está bajo severo ataque en una sociedad a la que le gusta creer que ha desarrollado valores muy diferentes y superiores. Seguramente no puedes hacer entrar en razón a la gente para que aprecie el boxeo” (Sam Toperoff, *Sugar Ray Leonard and Other Noble Warriors*, Nueva York: McGraw-Hill, 1987, 185).

<sup>2</sup> La literatura sobre el boxeo “desde adentro” es prolífica y existe una gran variedad de géneros, formas y matices, de los cuales solo se puede dar una pequeña muestra aquí. Para una selección de las opiniones de los cinco célebres boxeadores, ver Joe Louis Barrow, Jr., y Barbara Munder, *Joe Louis: 50 years An American Hero* (Nueva York: McGraw- Hill, 1988), sobre Joe Louis; Sugar Ray Robinson y Dave Anderson, *Sugar Ray* (Nueva York: Da Capo, 1970), sobre Sugar Ray Robinson; Muhammad Ali y Richard Dirham, *The Greatest: My Own Story* (Nueva York: Random House, 1975), sobre Muhammad Ali (alias Cassius Clay); Sam Toperoff, *Sugar Ray Leonard and Other Noble Warriors*, sobre Sugar Ray Leonard; y Peter Heller, *Bad Intentions: the Mike Tyson Story* (Nueva York: New American Library, 1989) sobre “Iron” Mike Tyson. Una colección reveladora de entrevistas sobre “los veteranos” del gremio de los entrenadores es Ronald K. Fried, *Corner Men: Great Boeving Trainers* (Nueva York: Tour Walls Eight Windows, 1991). Para una expresión arquetípica del punto de vista litero-periodístico, consultar la inmensamente sobrevalorada *The Sweet Science* de A. J. Liebling (Harmondsworth: Penguin Books, [1956] 1982); un recuento menos pretencioso y más perceptivo del ringside es el de Ralph Wiley en *Serenity: A Boxing Memoir* (Nueva York: Henry Holt and Company, 1989). Otro ángulo, pero siempre enfocado en el glamoroso mundo de los boxeadores de elite, es provisto por el “ring doctor” Ferdie Pacheco, *Muhammad Ali: A View From the Corner*

en excepciones, las visiones del arte masculino brotan de las bocas de las masas, los boxeadores “preliminares”, boxeadores de clubes, proyectos y aspirantes, *journeymen*<sup>3</sup> y contrincantes, sparrings y aficionados, quienes constituyen la abrumadora mayoría de los que practican y sin los que la economía del boxeo instantáneamente colapsaría, aún cuando ellos solo comparten las migas.

El presente artículo rompe con esta perspectiva superficial, de arriba-abajo, individualista de la *Sweet Science*<sup>4</sup> al tomar seriamente lo que los boxeadores ordinarios tienen que decir sobre su ocupación: cómo ellos piensan y sienten sobre esta dura profesión a la que están dispuestos a darle tanto, qué virtudes tiene para ellos, y cómo los afecta a ellos y a sus vidas. Resalta facetas seleccionadas del boxeo profesional “mirando de adentro hacia fuera”, como mi compañero de gimnasio Curtis dice en la cita epigráfica, en un esfuerzo por capturar el *momento positivo del pugilismo*, representado por el oficio, la sensualidad y la moralidad.

Aún así este artículo, contrario a las apariencias, no tiene como premisa simplemente presentar una “amplia descripción” de las experiencias vividas por los boxeadores profesionales, un análisis minucioso del punto de vista de los “nativos”, recapitulando las palabras de Bronislaw Malinowski hechas famosas por Clifford Geerts. Como mínimo, es cuestionable, primero, si uno puede identificar un solo punto de vista “nativo” que sea genérico, en oposición a una variedad de puntos de vista discrepantes, conflictivos o enfrentados, que dependen de la ubicación estructural dentro del mundo examinado. Segundo, uno puede dudar si los llamados “nativos” tienen un punto de vista, en lugar de *ser uno con* el universo del que forman parte – y así unidos a él por una relación de “complicidad ontológica”<sup>5</sup> que impide una postura de espectador. Y tercero, uno debe preguntarse seriamente si tal punto de vista, si existe, puede ser explicado discursivamente: los etnometodologistas han discutido, bastante convincentemente, que tal proyecto es internamente contradictorio ya que implica tratarlo como una “perspectiva”, un conjunto de eventos perceptuales, precisamente lo

---

(Nueva York: Birch Lane Press Book, 1992). Las experiencias de los más destacados organizadores de peleas aparecen en las crónicas de Teddy Brenner y Barney Nagler, *Only the Ring was Square* (Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1981)

<sup>3</sup> Nota del traductor: Un journeyman (jornalero) es un luchador que ha dejado de ser un novato, y tiene el grado suficiente de destreza que se puede esperar de un profesional, pero que no tiene el dominio que poseen los profesionales. Los Journeymen a menudo sirven como oponentes para los jóvenes en ascenso.

<sup>4</sup> Nota del traductor: Sweet Science (Ciencia Dulce) se utiliza este término para referirse al boxeo, utilizado por primera vez por Pierce Egan en 1824. Más tarde Liebling popularizó la frase “the sweet science of boxing” (La Ciencia Dulce del boxeo).

<sup>5</sup> En términos de Maurice Merleau-Ponty en *Phénoménologie de la perception* (Paris: Gallimard, 1945).

que los miembros experimentan como inherente, necesario y por lo tanto (al menos en parte) como características imperceptibles del medio existente.<sup>6</sup> Mi advertencia principal aquí es que estas “amplias descripciones” son, por regla general, *reconstrucciones desincrustadas* por parte el analista que no las reconoce completamente como tales.

Más que un recuento descriptivo, el siguiente ensayo es, por lo tanto, una (re)construcción del “punto de vista del boxeador”, que es la opinión sintética del boxeo profesional que uno puede obtener de los varios puntos que pueden ocuparse dentro de la estructura de las relaciones sociales y simbólicas que hacen al campo pugilístico. Como tal, involucra necesariamente “analizar las formas simbólicas – palabras, imágenes, instituciones, comportamientos – en las cuales (los boxeadores) se representan a ellos mismos y a los otros”<sup>7</sup>, pero realiza esto con firmeza en la base del conocimiento de i) la forma objetiva de esa estructura y el conjunto de restricciones y facilitaciones que ella abriga; ii) su ubicación en los espacios sociales más amplios del gueto y la ciudad; y iii) las trayectorias y disposiciones sociales de aquellos que entran y compiten dentro de él.<sup>8</sup> En resumen, la consiguiente hermenéutica sociológica del Lebenswelt del boxeador está fundamentada, y se ha hecho posible, por el reconocimiento previo de la necesidad social específica que habita su universo profesional.

Al adoptar el (construido) punto de vista del boxeador, este análisis busca, aunque de manera imperfecta, transmitir algo de la pasión, en el doble sentido de amor y sufrimiento (el significado etimológico de *patio*), que une a los boxeadores con su profesión al explicar qué es lo que encuentran en él – o hace – que sea deseable y que valga la pena. Uso aquí deliberadamente la noción erótica (o psicoanalítica) de “deseo” porque, como se verá más abajo, estos “lazos de amor”<sup>9</sup> tienen raíces sensuales (y sexuales) profundamente arraigadas y son inseparables de la producción y validación del ser público (hiper)masculino que es una de las ganancias personales inmateriales, pero aún así reales, del boxeo. Digo que los

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, Eggon Bittner, “Technique and the conduct of social life”, *Social Problems* 30/3 (1973): 249-261; también Robert M. Emerson, “Observational field work,” *Annual Review of Sociology* 7 (1981): 356-357.

<sup>7</sup> Clifford Geertz, “From the natives point of view: On the nature of anthropological knowledge”, en Paul Rabinow y William Sullivan, editores, *Interpretive Social Science: A Reader* (Berkeley: University of California Press, [1976] 1979), 228.

<sup>8</sup> Para una escueta pero ejemplificadota ilustración de este modo de análisis anclado en la triada analítica posición-disposición-campo, ver la construcción de Pierre Bourdieu de “Flaubert’s point of view”, *Critical Inquiry* 14 (Primavera 1988): 539-562, especialmente 554-562; una discusión mas extensa se encuentra en *The Field of Cultural Production* de Bourdieu (Nueva York: Columbia University Press, 1992)

<sup>9</sup> La expresión es de Jessica Benjamin, cf. “The bonds of love: Rational Violence and erotic domination”, *Feminist Studies* 6/1 (Primavera 1980): 144-174.

boxeadores “hacen” el boxeo deseable para enfatizar que el proceso bajo análisis no es un proceso pasivo de “recepción”, sino que implica una serie indefinida de *actos de apropiación* microscópicos, en su mayoría no pensados ni notados, del mundo social existente y de las posibilidades que abrigan para aquellos dotados de las categorías apropiadas de percepción, apreciación y acción – y solamente por ellos.

El hecho es que hay un *romance del pugilismo* que no puede ser aclarado basándose en los antecedentes ecológicos ni en los beneficios económicos putativos del boxeo profesional. Dado el poco dinero que la mayoría de los boxeadores gana y las privaciones pluriformes que deben soportar en la preparación monástica diaria por momentos fugaces de gloria o agonía en el cuadrilátero, los beneficios económicos no alcanzan, tristemente, para explicar las seducciones del boxeo. Para entender qué es lo que impulsa a los boxeadores, su casi sacrificio de ellos mismos a esa ocupación, uno debe poner atención y revelar las atracciones morales y sensuales de este último, aclarar el primer plano experimental y la dinámica del boxeo profesional como una acción social integrada e incorporada.<sup>10</sup>

Este artículo está basado en un gran cuerpo de información observada, de historias de vida, documental y experiencial producida en el curso de un estudio etnográfico del mundo social de los boxeadores profesionales en el gueto negro de Chicago. Desde agosto de 1988 a octubre de 1991, entrené y estuve regularmente en el Club Stoneland Boys, un gimnasio de boxeo “tradicionalista” ubicado en una zona arruinada de una de las calles principales del South Side de la ciudad. La atmósfera y el modo de funcionar de los gimnasios de boxeo profesional varía considerablemente según la personalidad, el estilo pedagógico, y la autoridad del entrenador principal, y secundariamente como una función del reclutamiento étnico y del estatus en la economía local y nacional del boxeo. El gimnasio de Stoneland (un seudónimo) fue dirigido por un entrenador de reputación mundial “de la vieja escuela” que toleraba pocas o ninguna violación a las “tradiciones santas inmemoriales” (Weber) transmitidas por sus predecesores. Y este ocupaba una posición central en el espacio estructurado jerárquicamente de los gimnasios en Chicago como uno de los principales proveedores de boxeadores para las listas de boxeadores de la ciudad. Por lo tanto era el lugar ideal para la vivisección de la cultura y economía del boxeo profesional.

En el gimnasio de Stoneland, no sólo aprendí el oficio y formé parte de todas las fases y aspectos del régimen espartano de boxeo,<sup>11</sup> también socialicé

---

<sup>10</sup> De la misma forma que Jack Katz descubrió las atracciones sensuales y morales de la actividad criminal en su libro germinal *Seductions of Crime* (Nueva York: Basic Books, 1989), se muestra como las explicaciones de la violencia criminal permanecen incompletas en tanto y en cuanto se niegue su constitución interna por el agente para enfocarse solamente en precipitantes y condiciones externas.

<sup>11</sup> Empecé literalmente desde cero, sin ningún conocimiento del juego y bastante poco “talento bruto”. De hecho, era tan torpe e incompetente al principio que Shante, un peso welter en ascenso

y desarrollé amistades sólidas con un gran número de boxeadores, entrenadores, representantes y otra “gente del boxeo” a quienes seguía en su recorrido diario. Este largo período de inmersión me permitió observar a los boxeadores y a su séquito en su hábitat natural y experimentar directamente el proceso de inculcación del *illusio* pugilístico – la creencia medio inarticulada, casi orgásmica hacia el valor del juego y sus apuestas, grabadas profundamente dentro del cuerpo a través de la incorporación progresiva de sus esenciales principios. Como estaba simultáneamente llevando a cabo la investigación de las estructuras sociales de marginalidad en los barrios pobres del centro de la ciudad de Chicago,<sup>12</sup> estaba también en posición de localizar las raíces económicas, culturales y morales del boxeo como una profesión corporal (sub)proletaria y proveer un suplemento o una alternativa a los caminos más convencionales del sustento y movilidad tales como la escuela, el mercado laboral de salarios bajos, y la economía informal de la calle del gueto.<sup>13</sup>

En este esbozo tentativo y parcial del punto de vista pugilístico, recurro especialmente a las entrevistas exhaustivas, semi-estructuradas con 50 boxeadores (36 afro americanos, 6 latinos y 8 blancos) que comprenden a casi todos los profesionales activos en el estado de Illinois durante el verano de 1991. Estas entrevistas cara a cara, que normalmente duraban casi 2 horas y que comprenden unas 2000 páginas de transcripciones, se llevaron a cabo en lugares que van desde los gimnasios de boxeo y autos hasta restaurantes locales o los domicilios de los boxeadores o del investigador.<sup>14</sup> Fueron complementadas por, e interpretada a la

---

invicto en diez peleas consecutivas que se convertiría más tarde en mi mejor amigo y compañero sparring, solía preguntarle al entrenador cuando entrenaba yo para venir a ver el divertidísimo espectáculo de ineptitud que ofrecía a diario en el fondo del gimnasio. Pero con tenacidad, dedicación y la sabia y pedagógica guía del principal entrenador veterano del gimnasio, con el tiempo mejoré lo suficiente como para entrenarme regularmente con profesionales y para competir en el torneo Golden Gloves de Chicago en 1990. También trabajé como asistente de entrenador y generalmente observé de cerca todas las facetas del juego, desde la alimentación, el arbitraje y los pesajes hasta las negociaciones de contratos con representantes y las transacciones con promotores.

<sup>12</sup> Esta investigación fue llevada a cabo con la guía y colaboración directa William Julios Wilson (como parte del proyecto de Urban Poverty and Family Structure de la Universidad de Chicago), a quien me gustaría agradecer por su apoyo intelectual y estímulo personal durante todo este período.

<sup>13</sup> Ver Loïc J. D. Wacquant, “The social logic of boxing in black Chicago: Toward a sociology of pugilism”, *Sociology of Sport Journal* 9/3 (Septiembre 1992): 221-254, para una discusión más completa del método y los datos utilizados en este estudio, y del mismo modo, “The new urban color line: The state and fate of the ghetto in postfordist America”, en Craig J. Calhoun, editor, *Social Theory and The Politics of Identity* (Oxford y Nueva York: Basil Blackwell, 1994), 231-276, para una imagen sociológica del gueto circundante.

<sup>14</sup> Dos de ellas se hicieron por teléfono debido a problemas irremediables de transporte y organización. Varias se continuaron con entrevistas de seguimiento y conversaciones informales (con mayor frecuencia en el gimnasio) que se grabaron, transcribieron y adjuntaron a la entrevista original.

luz de, extensas notas de mi diario de campo así como también de información obtenida de innumerables conversaciones informales en gimnasios, pesajes, durante o después de peleas de boxeo a lo largo del área metropolitana de Chicago o “en la ruta”, así como también en los barrios y casas de mis amigos boxeadores. Debido a que había sido parte del paisaje local durante casi tres años al momento de las entrevistas formales y había probado mi interés genuino en el juego “pagando el precio” en el cuadrilátero, pude establecer una relación de confianza y respecto mutuo con los boxeadores. Debido a que para ese entonces me había familiarizado con su lenguaje cultural, pude frasear mis preguntas de una manera congruente con sus preocupaciones ocupacionales y así suscitar respuestas sinceras y valiosas, las cuales pude también enfrentar con la observación directa y extensiva y comprobar con las historias relacionadas referidas por informantes situados estratégicamente (amigos, entrenadores, representantes, et al.)

Finalmente, mi conocimiento directo y erudito de las tribulaciones diarias de los boxeadores en el gueto me permitió probar y confrontar (o triangular) estas respuestas y elaborar una variedad de pistas para poder estar tan cerca como fuera posible del entendimiento vivo de cada boxeador de su profesión.<sup>15</sup> El haberme establecido como miembro (aunque como uno marginal) del gremio fue la base de mi habilidad para desarrollar una “representación intuitiva y provisional de la fórmula generativa de cada entrevistado específico”, así como también fue fundamental para que me permitiera lograr que éste cooperara en descubrir esta fórmula más en detalle y poder determinar sus invariables.<sup>16</sup>

Debería hacer hincapié en que, en alrededor de un tercio de los casos, estas entrevistas, que llegaron al final de tres años de una “participación atenta” intensa, no fueron el producto de un encuentro momentáneo y superficial sino que

---

<sup>15</sup> Al mismo tiempo, tal esfuerzo se enfrenta a un problema casi imposible de resolver: ¿Cómo comunicar con palabras, en papel, de una manera intelectualmente coherente e intersubjetivamente resonante, una experiencia que es tan profundamente orgánica, sensual y que está sumergida por debajo (o ¿más allá?) del nivel de discurso como el boxeo profesional? No existe una respuesta satisfactoria a esta pregunta, solo intentos prácticos de responderla. Aun así reducirla a un mero problema de poética (como la reciente antropología “posmoderna” acostumbra hacer, cf. James Clifford, *The Predicament of Culture*, Cambridge: Harvard University Press, 1991) y proponer una solución retórica – es decir, confeccionar una mezcla de estrategias representacionales que combine tropos realistas, surrealistas e impresionistas en clave dialógica o polifónica – es perder de vista el tema real, que es: ¿No existen cosas de la práctica social humana que entendemos como practicantes, mediante *conocimiento carnal* que no podemos comunicar en un lenguaje académico (o escolástico), con la mediación de símbolos? Y en ese caso, ¿qué hacemos con ellas?

<sup>16</sup> Pierre Bourdieu, “Comprendre”, en P. Bourdieu et al., *La misère du monde* (París: Editions du Seuil, 1993), 911. Tal enfoque sobre las invariantes del punto de vista del boxeador anticipa el análisis de variaciones sobre la base de categoría étnoracial, edad, trayectoria y etapa de la carrera, ganancia económica, etc. En todo caso, una aclaración de las diversas maneras de convertirse en un boxeador profesional presupone un entendimiento previo de lo que tienen en común estos senderos experienciales.

son un eslabón en la extensa cadena de intercambios habituales interpersonales. Aún aquellos boxeadores y entrenadores que no me conocían en persona cuando me acerque a ellos, para ese entonces, sabían de mi “condición de integrante” y podían ubicarme dentro de la escena pugilística local. (“Si, te vi en las peleas, eres uno de los hombres de Rickey (entrenador)”). Cualquier otro tipo de acercamiento hubiera generado grandes distorsiones que probablemente hubieran mutilado, sino destruido, el objeto a ser construido, por una combinación de inseguridad, falta de comunicación desconcertante, y una mitificación deliberada.<sup>17</sup>

Una última salvedad preliminar: por motivos de estrategia analítica (y limitaciones espaciales), este artículo deliberadamente agrupa los factores objetivos y las fuerzas materiales que afectan el mundo de los boxeadores profesionales y le dan su estructura y sentir peculiar. No se dirige a la matriz más amplia de inequidad de clase, exclusión de casta, masculinidad plebeya que continuamente rellena el suministro de boxeadores y el sistema asimétrico de posiciones y transacciones que define la división del trabajo favoreciendo a este “mercado político de la carne”<sup>18</sup> que es el negocio del boxeo. Por lo tanto permanece, a la vista de ello, agnóstico a si las posiciones y creencias de los pugilistas son en última instancia beneficiosas para ellos o hasta qué punto participan en vez de en eso en un “auto-engañó colectivo”, evocando la formulación de Marcel Mauss, en la cual los boxeadores son, al mismo tiempo, participantes involuntarios y víctimas que dan su consentimiento.

Esta pregunta, cuya resolución se pospone, no es un mero enigma analítico – ni su evocación un gesto discursivo de complicidad apuntado a esos teóricos sociales que se preocupaban por el acertijo popular de “estructura y agencia”, o sumisión y resistencia. Es uno que remolca al meollo del cosmos y las lágrimas pugilísticas, aunque furtivamente, en el alma de cada uno de sus habitantes. Como se anuncia en las secciones finales, el boxeo profesional es un universo social acribillado por la ambivalencia, un mundo turbio, de dos caras, teñido por incertidumbre y sospecha aún cuando anuncia su certidumbre y proclama sus verdades consagradas con un aire de resistencia inquebrantable.

---

<sup>17</sup> Del tipo perpetuado por los relatos literarios y periodísticos en particular, debido, en gran medida, al desdén que se les tiene a los periodistas y escritores entre los miembros del “juego de pelea.” Para una discusión de la amistad y la confianza interpersonal como condición necesaria social para la producción de datos etnográficos no-artificiales en contextos sociales opresivos, tales como, el gueto negro norteamericano, ver Loïc J. D. Wacquant, “Un mariage dans le ghetto”, *Actes de la recherche en sciences sociales* (1995): en imprenta.

<sup>18</sup> Las expresiones extraídas de la jerga ocupacional de los pugilistas profesionales se encuentran entre comillas. Los énfasis en los extractos de las entrevistas son de los boxeadores, a menos que se indique lo contrario. Los nombres y otras características identificatorias han sido alterados o removidos cuando fue necesario para proteger la privacidad de los informantes.

## Enfrentando el tropo de la violencia

El boxeo no solo te enseña violencia. Pienso q'el boxeo te enseña disciplina y respeto por uno mismo y también te está enseñando como defenderte, entonces, es realmente grandioso boxear. Es muy divertido. Cualquiera que sienta que te enseña violencia es una persona que realmente es...incapaz de pensar, creo. Alguien que no piensa bien.

Kenny, peso mediano negro, 24  
Seguridad nocturno, 8 años en el cuadrilátero

Si hay un solo grupo de imágenes y estrategias narrativas recurrentes – lo que Arjun Appadurai, en un contexto diferente, llama “tropo fuerte”<sup>19</sup> – que domina la representación pública del boxeo, no hay duda que es la violencia: el ataque a puñetazos desmedido, desenfrenado de un hombre contra otro es, sin dudas, la imagen gráfica más espontáneamente asociada con el boxeo profesional. Golpes salvajes arrojados a la cabeza del indefenso combatiente, sangre saliendo de la boca y la nariz, cejas cortadas y huesos destrozados, cuerpos magullados, estrujados de dolor en la alfombra manchada del cuadrilátero mientras la multitud pide más: aún esa gente que nunca ha puesto un pie en un gimnasio o ha visto una pelea en vivo conoce bien estas imágenes.<sup>20</sup> Desde lejos, el boxeo no se parece a otra cosa más que a una realización en miniatura del estado natural de Hobbes, una “guerra de todo hombre contra todo hombre”, un enfrentamiento bruto de los cuerpos gobernados por “la fuerza y el engaño”.

Esta percepción común no existe sin fundamentos. De todos los deportes de combate, el boxeo es, junto con la lucha libre, el único en el cual el enfrentamiento físico es el menos estetizante y con menos eufemismos. Como un “deporte de percusión”, que implica contacto corporal agónico y directo, el pugilismo se diferencia claramente de “los deportes de prensión” como el judo tanto en términos de fines como de medios:<sup>21</sup> la competencia en el cuadrilátero no apunta a frustrar o a acorralar los movimientos del oponente sino a arrojar

---

<sup>19</sup> Arjun Appadurai, “Putting Hierarchy in its place”, *Cultural Anthropology* 3/1 (Febrero de 1988): 34-49.

<sup>20</sup> La fuente principal de esta familiaridad superficial hoy es la puesta en escena complaciente (y demasiado exagerada) de sangrientas escenas de destrucción en el cuadrilátero en innumerables películas, de las cuales los actos pugilísticos heroicos representados por Sylvester Stallone en la saga *Rocky* son un ejemplo particularmente popular.

<sup>21</sup> Jean-Pierre Climent, “La force, la souplesse et l’harmonie: étude comparée de trois sports de combat (lutte, judo, aikido)”, en Christian Pociello, editor, *Sports et société, approche socioculturelle des pratiques* (París: Vigot, 1987) 285-301.

golpes fuertes a su cabeza y torso superior para así infligir daño físico superior y, de ser posible, dejarlo incapaz o poco dispuesto a seguir la contienda. Cuando se le preguntó durante su declaración ante la comisión del congreso si el sabía que Jimmy Doyle estaba en problemas durante su pelea de 1947 que terminó trágicamente con Doyle muriendo de una secuela de un nocaut brutal, Sugar Ray Robinson no pudo más que contestar con su voz ecuánime y gentil: “Señor, ellos me pagan para ponerlos en problemas”.<sup>22</sup> La subordinación total de forma a función que convierte a un cuerpo en un arma y en blanco de ataques deliberados inevitablemente resulta en la erosión física real ampliamente documentada por estudios biomédicos sobre boxeo.<sup>23</sup> Heridas y deterioro corporal no son secundarias al juego, son la consecuencia necesaria del esfuerzo profesional propiamente dicho. Uno juega al básquetbol o al fútbol, uno no “juega” al boxeo. Como mi viejo entrenador decía: “no existe tal cosa como el “boxeo recreativo”, Louie. Entrar en el cuadrilátero es algo serio: alguien está ahí arriba tratando de arrancarte la cabeza”.

El boxeo es en verdad un “deporte sangriento” como pocas actividades atléticas, si hay alguna otra, como se refleja en el espíritu hipermasculino que este sustenta. La profesión pugilística valora mucho la rudeza física y la habilidad para resistir – tanto como infringir – dolor y daño físico. El honor específico del pugilista, como aquel del antiguo gladiador, consiste en rehusarse a darse por vencido y ponerse de rodillas. Uno de los signos externos visibles de esa cualidad tan venerada llamada “corazón” dicha para resumir al auténtico boxeador es la capacidad para no ceder bajo presión, “aguantársela” y seguir peleando, sin importar el efecto físico<sup>24</sup>. Un púgil que abandona en el medio de la batalla recibe la marca de la infamia y sufre una auténtica muerte simbólica. Por consiguiente, el idiolecto ocupacional del boxeo le da un lugar de orgullo a las expresiones y metáforas militares: los boxeadores valientes son “gladiadores” que van a la “guerra”, se tiran “bombas” unos a otros, y exhiben un “generalato en el cuadrilátero” al implantar su “misión de buscar y destruir”.

---

<sup>22</sup> Citado en Ralph Wiley, *Serenity: A Boxing Memoir*, 121.

<sup>23</sup> Robert Glenn Morrison, “Medical and public health aspects of boxing”, *Journal of The American Medical Association* 255 (1986): 2475-2480; Robert C. Cantu, editor, *Boxing and Medicine* (Urbana: Human Kinetics Publishers, 1995).

<sup>24</sup> Así como el drama del *Pankration* (Pancracio), uno de sus ancestros pre-modernos en la Grecia Antigua, el boxeo despierta la “exhibición ostentosa de las virtudes del guerrero” (Norbert Elias y Eric Dunning, *Quest for Excitement: Leisure and Sport in the Civilizing Process*, Oxford: Basil Blackwell, 1986, 138): “La victoria o la derrota estaba en las manos de los dioses. Lo que era vergonzoso e ignominioso era rendirse sin suficiente muestra de valentía y resistencia.” Después de apuntar que el ex campeón Héctor “Macho Man” Camacho “fue tan castigado en su derrota por puntos en doce asaltos contra Chavez en septiembre de 1992 que probablemente ha terminado como un contendiente serio,” el boletín informativo de boxeo *Flash* lo elogia por haber mostrado “el temple del campeón al sobrevivir (el combate) y nunca dejarse caer” (*Flash*, 131, 20 de diciembre de 1993, p.3)

Por último, no se puede negar que la íntima familiaridad con la violencia que viene con el crecer en un vecindario urbano pobre plagado de crimen constituye la preparación preliminar para el cuadrilátero ya que aumenta en uno ese umbral de tolerancia para la agresividad y lo inclina a uno a una concepción radicalmente instrumentalista del cuerpo apropiado para el pugilismo profesional.<sup>25</sup> Mi entrenador era rápido para detectar tales cualidades como medio para estimar el futuro potencial en el cuadrilátero de un novato:

Me quedé hasta tarde anoche por este nuevo chico, pero, bueno, ¡valió la pena! ...es duro, *le han disparado, lo han apuñalado tres veces*, por lo tanto, es duro, puede soportar el dolor bien. Estuvo en prisión, ahí es donde aprendió a boxear. Después de dos años, pero peleó en la calle. Es agresivo, es rápido. No tiene buen equilibrio, pero te puede pegar, *¿puede pegar!* A cualquiera que le pegue con la mano derecha, lo va a poner en su sitio, los va a dejar inconsciente.

Aún así equiparar el pugilismo con la agresión física a secas – como hace el historiador Jeffrey Sammons cuando escribe que la propia existencia del boxeo “refleja el miedo a, y la necesidad de, violencia que tiene la sociedad”<sup>26</sup> – es una distorsión al límite de la desfiguración ya que arbitrariamente reduce una ocupación corporal multifacética a solo *uno* de sus aspectos; y a un aspecto que es especialmente sobresaliente e inaceptable para los que no lo practican en el universo específico.<sup>27</sup> Se contradice, más aún mancha, la experiencia vivida de los boxeadores, quienes difieren violentamente y por unanimidad con la idea de que el boxeo es una escuela de brutalidad. De hecho, muchos pueden apenas

---

<sup>25</sup> He mostrado en otras partes que los boxeadores ven su cuerpo como un arma, una herramienta y una máquina, en resumen, como el capital específico y el instrumento de trabajo que invierten en la economía pugilística: Loïc J. D. Wacquant “A sacred weapon: Bodily capital and bodily labor among professional boxers”, en Cheryl Cole, John Loy y Michael A. Messner, editores, *Exercising Power: Making and Remaking the Body* (Albano: State University of New York Press, 1995).

<sup>26</sup> Jeffrey T Sammons, *Beyond the Ring: The Role of Boxing in American Society* (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1988), 251sigs.

<sup>27</sup> De hecho, esta sección atrajo fuertes críticas de uno de los críticos anónimos del artículo, quien simplemente no pudo aceptar que el boxeo pueda ser algo distinto de (o más que) violencia. Tanto es así que él o ella estaba dispuesto/a a poner su propio sentido común y representaciones mediáticas estándares por sobre y en contra de las afirmaciones de los boxeadores. Que (algunas formas de) la agresión física puedan no ser experimentadas como violentas les resulta profundamente repugnante a los individuos de la clase media, para quienes la santidad del cuerpo humano es un rasgo determinante del yo (como demuestra el trabajo de Erving Goffman). Para poder investigar sobre este tema en el presente caso, uno debería como mínimo partir de la premisa de que “muchos deportes incluyen formas de violencia legítimas y socialmente sancionadas, que no es lo mismo que decir simplemente, con aprobación o aversión, que estos deportes son violentos” (Allen Guttman, *From Ritual to Record*, Nueva York: Columbia University Press, 1978, 120).

contener su indignación hacia tal opinión y replican que eso evidencia la ignorancia y la falta de respeto de aquellos que la sostienen. “Los que piensan que es un deporte violento son personas que probablemente no tienen nada que ver con el deporte”, piensa Roy, un negro de peso mediano que dejó un trabajo estable como instalador de cable para una compañía de televisión de zona residencial para dedicarse tiempo completo al llamado pugilístico. “No ven la parte en la que mantienen a la juventud, a los hombres jóvenes fuera de las calles. Es un modo de sacar provecho si no estás en la universidad o si no tienes un trabajo bien pago – si puedes pelear, si eres bueno con las manos, es un modo de triunfar, también”.<sup>28</sup>

La sugerencia de que el boxeo debería ser prohibido porque es brutal es considerada por los boxeadores tanto incongruente como hipócrita. ¿Por qué elegir un deporte de un sinnúmero de actividades y objetos que son considerablemente más destructivos, y aun así completamente legales y bastante corrientes, como las armas, los automóviles o el consumo adictivo de sustancias?<sup>29</sup> “creo que deberíamos protestar”, amplifica Eddie, uno de los entrenadores del Club de Stoneland Boys. “digo que si cerramos el gimnasio, también cerramos las licorerías, cerramos los bares también, porque ellos generan violencia. Digo: no hagan hincapié en una sola cosa”. Y además ¿por qué elegir al boxeo entre todos los deportes? Los boxeadores señalan correctamente que su profesión no es más violenta que otras actividades atléticas mucho más corrientes que han capturado el capricho del público americano, como el fútbol, en el cual altas tazas de heridas tanto crónicas como agudas son bastante normales,<sup>30</sup> e incluso

---

<sup>28</sup> Solo el 6 por ciento de los boxeadores de Chicago reconoce que “lo único que te enseña el boxeo es violencia, cómo darle una paliza otro hombre.” Un compañero del gimnasio Stoneland exclama: “¡Esa gente es ignorante! ¡Esa gente es ignorante! Pon eso en tu libro, Louie”. Un experimentado peso welter latino que alguna vez tuvo su “gran momento” en Las Vegas explica el efecto de halo que asocia el boxeo a la rebeldía y la agresión: “Sé de donde lo sacaste, un montón de tipos que son boxeadores, profesionales y se meten en problemas bla, bla, bla, pero la mayoría de las veces, un montón de tipos boxeadores, vienen de (tono despectivo) *guetos, viviendas subvencionadas* y todos los, ¿entiendes?, están en *pandillas*, bla, bla, bla, son como, Mike Tyson, ¿no? Por ejemplo, Mike Tyson: ¿por qué es como es? Porque lo criaron así, ¿no? Estaba en la calle, ¿es porque boxea? No, ya era así. Y así es con un montón de estos tipos.

<sup>29</sup> Dean, un ex boxeador y árbitro que maneja un gimnasio amateur en uno de los barrios chicanos de la ciudad clama: “El boxeo *salva vidas*, salva vidas. (un poco exasperado por la pregunta) si van a prohibir (firmemente, cada vez más convencido) *prohiban el alcohol, prohiban los cigarrillos, ¿entiendes? prohiban el café* – soy un drogadicto, tengo que tomar una taza de café por la mañana. Entiendes, prohiban esas cosas. Eso es peor para uno, entiendes, ¡especialmente los cigarrillos! Dios, ¡cómo te mata! Eh, *prohiban los autos!* Eh... los autos te matan, *los gases, ¡mira lo que le hacen al aire!* Existe muchas cosas que se deberían prohibir además del boxeo, no sé. No, no, el boxeo es bueno para un niño.

<sup>30</sup> Las lesiones son un aspecto institucionalizado del fútbol americano profesional. “Hacerle el lastimado” es un aspecto del juego banal, esperado e incluso públicamente valorado (y más atractivo). Todas las semanas se les pide a los equipos de la NFL (Liga Nacional de Fútbol Americano) que entreguen un informe de su estado de salud, que incluya la lista de jugadores en diferentes grados

el básquetbol (El básquetbol se ha hecho muy físico últimamente, así se gana ahora, a través del juego físico: ¡miren a los Pistons de Detroit!), sin mencionar las carreras de autos y búsquedas deportivas más exóticas como el paracaidismo y el ala delta. Es verdad que uno puede sufrir severo daño físico, incluso ruina, en el cuadrilátero, pero como ellos dicen: “uno puede lastimarse haciendo cualquier cosa”: uno puede salir y ser atropellado por un auto, o nos pueden robar y dar una paliza en la calle. El hecho es que, la mayoría de los boxeadores viven en vecindarios segregados y degradados en donde el crimen violento es un hecho común de todos los días y en donde la inseguridad física infesta todas las esferas de existencia.<sup>31</sup> Contra un telón de fondo de un ambiente urbano tan duro, el boxeo puede apenas parecer violento.

Los pugilistas son también rápidos para subrayar que cualquiera que quiera ofrecer brutalidad solo tiene que levantar un arma, un cuchillo, un ladrillo o un bate de béisbol para estar en posición de imponer un castigo físico con mucha mayor facilidad y efecto que con los “guantes”. Considera las diferencias – tan grandes como aquellas “entre el día y la noche”, a mi entrenador le gustaba decir, – entre el boxeo y las grescas callejeras. Las peleas en el cuadrilátero están gobernadas por leyes estrictas, apoyadas por una autoridad neutral, que le ponen freno al alcance y al nivel de agresión y atenúan sustancialmente su impacto. La pelea de estilo libre en la calle, por el contrario, no tiene límites claros con respecto a la ubicación, duración, medios, y participantes, como Bernard, un negro de categoría mediano, empleado como técnico radiólogo en uno de los hospitales más prestigiosos, explica:

La pelea callejera, yo probablemente medio *mataría* a una persona. El boxeo es destreza. Tienes guantes en las manos y realmente no puedes matar a una persona tan rápido como podrías hacerlo con las manos. (En las peleas callejeras) no tienes reglas. Puedes tomar una botella. Puedes ir a tu casa, tomar un arma y volver ¿sabes?, o decirle a alguien más grande. Sabes, un amigo puede intervenir y ser dos. Tienes reglas. No veo al boxeo - hay muchos artículos que hablan que el boxeo debería ser prohibido

---

de mal estado físico (probable, dudoso, reservado por lesión, con lesiones no futbolísticas, etc.). Las lesiones más frecuentes sufridas en un partido incluyen contusiones, cortes, roturas de ligamentos, extremidades y articulaciones dislocadas, hematomas y fracturas. A diferencia de los boxeadores, quienes son automáticamente suspendidos por 90 días después de un nocaut, se sabe (y se espera) que los mariscales de campo regresen a la acción poco después de haber sido sacados del campo debido a una contusión (El lanzador de los Raiders de LA, Jeff Hoffstettler fue elogiado por su valentía después de haber volver dos veces en el mismo partido en el otoño de 1993).

<sup>31</sup> Loïc J. D. Wacquant “‘The zone’: Le métier de ‘hustler’ dans le ghetto noir américain”, *Actes de la recherche en sciences sociales* 92 (Junio 1992): 38-58 y “The new urban color line”, esp. 239-242.

y cosas por el estilo, pero el boxeo para mí es un deporte. No es tratar de noquear, tratar de matar a alguien, es solo tratar de acumular golpes y vencer a ese tipo y tirarlo al suelo, *en camino a eso*, si se pone un poco más serio, entonces, tienes que hacer lo que tienes que hacer, pero *es* un deporte. Tiene reglas y hay un punto de espíritu deportivo dentro del boxeo. Se diferencia inmensamente, ¿sabes?, de la pelea callejera.

De hecho, existen fundamentos para discutir que el boxeo no estimula sino que *reduce el nivel de violencia interpersonal y pública* al canalizar los impulsos agresivos dentro de una estructura organizada y colectiva que regula rigurosamente su manifestación y lo dota con una estructura, un propósito, y un sentido.<sup>32</sup> Primero, el trabajo en la calle y el entrenamiento en el gimnasio diarios sacan las energías de los boxeadores y probablemente absorben cualquier *Angriffslust* (*belicoidad*) que ellos puedan contener. “En mi opinión, *relaja* al boxeador que hay en ti porque lo libera y te hace una persona calmada y mejor en todos los sentidos”, comenta Keith, un peso welter de 24 años callado y malhumorado que tiene un trabajo de medio tiempo como anunciante en una estación de radio y que no se ha enredado en ninguna pelea callejera desde que se inscribió en Stoneland. Tony, un camionero de uno de los barrios étnicos blancos de la ciudad y que pelea en la categoría mediopesado, agrega:

Es una destreza, es un deporte para ser mejor persona. Yo no creo en la violencia y todo eso (sacude la cabeza enérgicamente). No estoy de acuerdo con eso. Te digo la verdad: desde que empecé a boxear, he sido una persona más apacible. He estado más relajado. Como digo, no lo estoy, saco toda mi agresión. En el gimnasio, hago ejercicio, llego a casa, alguien viene y me dice “eres un idiota” y yo, (con una sonrisa de satisfacción), “tienes razón”. Sabes, me he *suavisado*. Estoy muchísimo más relajado.

Uno no necesita suscribirse a la teoría “hidráulica” de violencia de acuerdo a la cual los seres humanos (macho) tienen una propensión natural hacia la agresión, una cantidad predeterminada, la cual tiene que encontrar una manera de salir por algún lado – sino en la guerra, el crimen, el desorden público, o violencia doméstica, entonces en los deportes de combate, o indirectamente a

---

<sup>32</sup> Se hace un argumento paralelo en el caso del vandalismo (Hooligans) del fútbol en Inglaterra por Peter Marsh, Elizabeth Rosser y Rom Harré en *The Rules of Disorder* (London, Routledge y Kegan Paul, 1978). Para una reflexión mas amplia de este tema, leer el ensayo clásico de Norbert Elias, “Sport et violence”, *Actes de la recherche en sciences sociales* 6 (1976): 2-21; también Eric Dunning, “Sociological reflection on sports, violence, and civilization”, *Internacional Review for the Sociology of Sports* 25 (1990): 65-82, y Michael D. Smith, *Violence and Sport* (Toronto: Butterworth, 1983).

través del espectáculo de la tendencia destructiva en los medios<sup>33</sup> – para entender que un joven que se levanta a las cinco de la mañana para correr 4 millas en el frío y entrenarse ocho duros asaltos a la tarde es improbable que vague en las calles a la noche buscando problemas.<sup>34</sup> Segundo, por la propia naturaleza de su actividad, los boxeadores adquieren una gran cantidad de confianza personal y una sensación de seguridad interior que milita en contra de recurrir a la violencia en las relaciones interpersonales. Para funcionar en el cuadrilátero, los pugilistas deben poder gobernar sus emociones de forma firme, vencer a sus miedos más profundos y aprender continuamente a monitorearse a ellos mismos – su estado físico y mental, su sueño y sus hábitos alimenticios, sus relaciones sexuales y románticas, su familia y su vida social – en modos que no puedan más que incrementar su sensación de auto-control.<sup>35</sup> Un *journeyman* peso pesado que trabaja como guardia en prisión y tuvo que superar una profunda vena de timidez para unirse a la hermandad de Fistiania expresa esta opinión secamente: “cuando tienes confianza, no le tienes miedo a la gente, ¿sabes?, no arremetes contra ellos, solo – estás seguro de ti mismo, y no necesitas arremeter contra el mundo.”

Tercero y más generalmente, el microcosmo del gimnasio en el cual los boxeadores pasan una gran parte del tiempo en el que están despiertos, forma “un extenso tejido de actividad recíproca” – pidiendo prestada la definición de sociedad de Cooley<sup>36</sup> – que tiende a desviar y contener las formas de belicosidad interpersonal, debido a las normas de cortesía, imparcialidad y reciprocidad que gobiernan dentro de él.<sup>37</sup> Un gimnasio bien dirigido es aquel en el que a los boxeadores se les pide que se comporten de un modo cortés y respetuoso entre ellos y con su séquito y en donde no ocurren peleas o refriegas fuera del cuadrilátero. Si los boxeadores tienen conflictos y rencores que resolver, se los invita a

---

<sup>33</sup> Este antiguo remedio seudo-freudiano ha sido recuperado recientemente y se le ha dado un giro pop-psicológico por los supuestos partidarios del “Movimiento mito poético de hombres”: “Si una cultura no se ocupa de la energía guerrera, ... se exteriorizará en la forma de pandillas callejeras, esposas golpeadas, violencia por drogas, brutalidad contra los niños y asesinatos sin sentido” (Robert Bly, *Iron John: A Book About Men*, Reading: Addison-Wesley, 1990, 38).

<sup>34</sup> De acuerdo al entrenador en segundo orden del gimnasio de Stoneland Boys, “cuando un niño deja el gimnasio después de entrenar, no tiene ganas de hacer nada más: está cansado. No tiene esa energía para salir a la calle y meterse con alguien o en algo. Solo quiere ir a la casa y descansar”. Mi experiencia personal lo confirma: el aspecto más agotador y angustiante de realizar trabajo de campo etnográfico entre boxeadores no fue entrar en el cuadrilátero a “pelear” sino sentarme con mi computadora personal en mi casa al regreso del gimnasio para pasar horas tomando notas en un estado semi-comatoso agotamiento extremo físico y mental.

<sup>35</sup> Esto se discute con más profundidad en Wacquant, “A sacred weapon: bodily capital and bodily labor among professional boxers.”

<sup>36</sup> Charles Horton Cooley, *Social Process* (Carbondale: Southern Illinois University Press, [1918], 28).

<sup>37</sup> Wacquant, “The social logic of boxing in black Chicago”, 235-236.

hacerlo entre las cuerdas y de acuerdo a las reglas de la profesión, (i.e. usando un casco, un protector bucal, y guantes de sparring bien acolchados, y en asaltos de tres minutos). El gimnasio constituye una *máquina civilizada en pequeña escala* en el sentido del término de Elias:<sup>38</sup> simultáneamente impone estrictos tabúes a ciertas formas de violencia, baja el umbral de aceptación del comportamiento desordenado, y promueve la internalización del control y la obediencia a la autoridad. Por lo tanto, esa inmersión en la “comunidad personal”<sup>39</sup> formada por los miembros del gimnasio y la fraternidad más amplia del boxeo tiende a reducir esa “sed por atacar” que el boxeo profesional parece ejemplificar y desarrollar.

Por último, como nuestro más adelante, los pugilistas valoran su conocimiento técnico y el estatus “profesional” que se imparte en ellos. Un componente central de la ética ocupacional del pugilismo, la cual los entrenadores subrayan en sus cargos desde las primeras etapas de iniciación en adelante, sostiene que la habilidad con los puños se debe reservar exclusivamente para ser mostrada en el cuadrilátero contra un contrincante apropiadamente preparado. No es para ser mal empleada por un uso desregulado e irregular en un lugar inapropiado (como por ejemplo las calles), o degradada por ser dirigida a personas a quienes no se les ha enseñado el lenguaje pugilístico y desprovistas de la habilidad o fuerza, o peor aún contra personas consabidas incapaces para responder en pie de igualdad un ataque de puños metódico como las mujeres.<sup>40</sup> Esta es la razón por la que los boxeadores (tratan de) evitan altercados callejeros y situaciones que puedan requerir que ellos terminen a los golpes con otros. Algunos van a los extremos para evitar peleas “salvajes” y prefieren perder prestigio para evitar que un desafío se convierta en un conflicto de gran escala. Otros usan un “guardaespaldas” – generalmente un pariente o amigo musculoso o corpulento – para protección personal para disminuir las probabilidades de una pelea en lugares públicos.

---

<sup>38</sup> Norbert Elias, *The Civilizing Process* (Oxford: Basic Blackwell, [1937] 1982).

<sup>39</sup> Barry Wellman, “Personal communities”, en Peter V. Marsden y Nan Lin, editores, *Social Structure and Network Analysis* (Beverly Hill: Sage, 1982).

<sup>40</sup> Mucho después de haberse retirado, “Smokin” Joe Frazier se volvió a poner los guantes para darle una “buena paliza” en el cuadrilátero a su hijo y sucesor Marvin (quien luego peleó por el título mundial de pesos pesados) después de que este le pegara a una joven. Marvin cuenta (en Phil Berger, *Punch Lines*, Nueva York: Tour Walls Eight Windows, 1993, 17): “[dijo:]: “Te voy enseñar a pedir perdón, maricón. Enloqueció. Nunca más golpeó a una chica”. Los entrenadores constantemente advierten a sus boxeadores sobre el uso de sus puños contra sus esposas o amantes (lo que, por supuesto, no significa que no pase). Un miembro del club de Stoneland Boys fue expulsado inmediatamente del gimnasio después de que un entrenador lo encontrara abofeteando a su novia detrás del edificio. De nuevo, esto no significa que los boxeadores son inmunes al abuso conyugal y a otras formas de violencia doméstica (ni que son menos violentos que los no boxeadores: la cuestión es qué hubieran hecho estos *mismos individuos* si no se hubieran convertido en boxeadores profesionales); solo que es menos probable que se involucren en ella siempre y cuando se encuentren ligados a la fraternidad ocupacional y sujetos a su ética profesional, para la cual la confrontación física con mujeres no ofrece ningún engrandecimiento.

“Si alguien trata de empezar una pelea en la calle”, recomienda Ishmael, un puer-torriqueño peso mediano que trabaja duro poniendo asfalto todo el día antes de ir al gimnasio, “tienes que retroceder, retrocedes, nunca puedes empezar una pelea, quiero decir, el tipo puede estar maldiciéndote a vos, a tu mamá, tu papá, tienes que retroceder porque eres un boxeador profesional y no puedes tocarlos, a menos que ellos te pongan una mano encima”. Esta reserva se recomienda en caso de que exista riesgo de lesiones, represalias, y complicaciones legales que puedan surgir, pero más fundamentalmente es una cuestión de moralidad profesional y respeto por uno mismo. Muhammad Ali recuerda como se resistió a entrar en una confrontación física durante un incidente racista en un restaurante de Louisville después de haber ganado la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de 1960: “Ya había firmado mi primer combate profesional. Es parte del orgullo de un verdadero boxeador profesional no complacerse a uno mismo, que no lo encuentren muerto o vivo en una pelea todos contra todos”.<sup>41</sup>

### **“Un cosa de tipo técnica”: el pugilismo como un oficio de habilidad corporal.**

El boxeo es como, como eh, un electricista. Es una habilidad. Es un arte. Quiero decir, ¿cuánta gente puede hacer una instalación eléctrica en todo un edificio?, y luego te tienes que preguntar cuánta gente puede boxear. Es una habilidad. Es un plus.  
James, negro peso pesado, 29,

Trabajador informal durante el día, 6 años en el cuadrilátero.

Los boxeadores imaginan el boxeo no como un trampolín para la agresión y una ejercitación en la violencia sino como un oficio de habilidad corporal, oficio de actuación competitiva que requiere conocimiento técnico sofisticado y un permanente compromiso moral que pueda permitir no solo mejorar en lo material, sino también, y más urgentemente, construir un ser heroico *públicamente reconocido*. El boxeo es el vehículo para un proyecto de *trascendencia ontológica* en el cual aquellos que se dedican a él buscan literalmente moldearse a ellos mismos en un nuevo ser para escapar de las determinaciones comunes que tienen que afrontar y la insignificancia social a la cual estas determinaciones los condenan. Tal es la paradoja fundamental del boxeo profesional: los de afuera lo ubican como la penúltima forma de desposeimiento y dependencia, una forma brutal y degradada de sumisión a la restricción externa y a la necesidad material. Para los boxeadores representa el medio potencial para abrirse camino a un margen de autonomía de las circunstancias opresivas y para expresar su habilidad de

---

<sup>41</sup> Muhammad Ali y Richard Durham, *The Greatest: My Own Story*, 66.

apoderarse de su destino y rehacerlo de acuerdo con sus deseos internos. No hay espacio aquí para abordar de manera adecuada la naturaleza y las fundaciones sociales de esta paradoja. Basta con apuntar que, mientras denuncian en todas partes el abuso y la explotación a la cual ellos están expuestos, los boxeadores casi siempre niegan también que uno pueda ser obligado en el cuadrilátero y aceptan enérgicamente (al menos parcial) responsabilidad por su destino entre las cuerdas, como hace mi compañero sparring Shante cuando clama que:

Depende del boxeador boxear, Louie; ¡nadie me puede hacer pelear! ¡Nadie me puede hacer pelear! Vas ahí con el entendimiento de que cas a hacer lo que sabes hacer. Si no estás preparado, es tu culpa.

El cuadrilátero les da a los boxeadores una oportunidad poco frecuente – la única que muchos de ellos alguna vez disfrutarán – para moldear hasta cierto punto su propio destino y acceder a una forma de existencia socialmente reconocida. Es por esto que, a pesar de todo el dolor, el sufrimiento, y la despiadada explotación que supone, de la cual los boxeadores están dolorosamente conscientes, el boxeo puede darle a sus vidas un sentido de valor, emoción y logro.

El boxeo profesional es primero y más evidentemente un *trabajo de la clase obrera*, esto es, un medio para ganarse la vida o, para ser mas precisos, aumentar otras fuentes de ingreso<sup>42</sup> al dar el único bien tangible que poseen aquellos desprovistos de riquezas y credenciales educativas: su cuerpo y las habilidades que este abriga. “Es un trabajo, así es como me gano el dinero, así es como me pagan”, afirma Aaron, un negro peso ligero del suburbio norte de Chicago con un mediocre historial de cuatro derrotas en seis combates. “Hacer esto por dinero y demás, es como un *segundo trabajo*, como el otro boxeador, él lo está haciendo por dinero, yo lo estoy haciendo por dinero. Esa es la manera como yo lo veo”, dice Ismael. Drake, un *journeyman* de 32 años peso welter que se puso los guantes por primera vez a los doce y ha acumulado 45 peleas en once años como profesional, está de acuerdo con que:

Es algo que hago para – yo boxeo porque es como *un día de paga*, sabes a lo que me refiero. Siento, que, bueno, como que

---

<sup>42</sup> Pocos boxeadores sobreviven solamente con lo que ganan por pelea, lo que es bastante mínimo en los niveles del club y regional: entre 150 y 500 dólares promedio por peleas preliminares de cuatro a ocho asaltos, y entre 500 y mil dólares, por la mayoría de las “peleas de fondo” de diez asaltos en medio oeste. Tampoco pueden contar exclusivamente con el apoyo de sus representantes, cuando tienen uno que acuerda pagarles un “salario semanal” para entrenar (de, digamos, 150 dólares por semana). De este modo una mayoría de los boxeadores mantienen trabajos de tiempo completo y medio tiempo mientras boxean (el 50 por ciento y 12 por ciento respectivamente en Illinois).

pongo un poco más de dinero en el bolsillo, le agrego más *lujo a mi vida*. Yo calculo, si entro al cuadrilátero ahora, puedo hacerlo ahora pero, lo hago, lo hago porque en el momento me *pagan* y es algo que puedo hacer y disfruto hacerlo.

Que el boxeo es una ocupación de la clase obrera no sólo se refleja en la naturaleza física de la actividad sino también en el reclutamiento social de los que lo practican y en su dependencia continua a los trabajos obreros o de servicios no calificados para mantener su carrera en el cuadrilátero. Asimismo, se muestra por el hecho de que los boxeadores consideran el entrenamiento no como una diversión o relajación sino simplemente como un *trabajo*: “Es un trabajo antes que nada, y es un entretenimiento cuando ‘tas en el cuadrilátero. Pero el entrenamiento es un trabajo”, insiste Roy. “Trabajo, trabajo. Voy a trabajar, apalea la tierra; este es tu trabajo”, confirma Ned, un colega del South Side que está tratando de volver después de dos años de inactividad. Aún así los boxeadores profesionales difieren de, y se juzga preferible a, el trabajo bajo asalariado en varias cuestiones cruciales.

Primero, a diferencia de los trabajos en las fábricas, por ejemplo, pelear es una forma de trabajo físico que los boxeadores buscan y aprecian porque les garantiza un alto grado de *control sobre el proceso laboral* y una independencia incomparable de la supervisión directa. Es verdad, la ética ocupacional del “sacrificio” demanda que ellos se sometan a regímenes rigurosos de entrenamiento y a la estricta autoridad del entrenador.<sup>43</sup> Y si se toman realmente en serio la idea de entrar en el juego, ellos también tienen que soportar la tutela de un representante. Pero esta estructura disciplinaria es una con la que ellos consienten por el solo hecho de entrar en la ocupación que ven, en última instancia, beneficiosa para ellos. Además, les da un buen margen de autonomía en el diseño y la ejecución de las rutinas diarias que son las que conforman sus tareas profesionales. Los boxeadores sostienen que a ellos no los pueden hacer entrenar o pelear en contra de su voluntad; tienen que desear estar en el cuadrilátero. Ni tampoco ellos tienen ganas de “bajar el ritmo”, ya que son ellos los que van a sufrir las consecuencias de la falta de dedicación e intensidad en el cuadrilátero. Los boxeadores valoran mucho el ser sus “propios jefes” y en reclamar responsabilidad por el resultado de sus esfuerzos ocupacionales.

Segundo, a pesar de que no parezca como tal para el espectador no entrenado, el boxeo es una *actividad altamente calificada* que requiere maestría en un corpus complejo y multidimensional de conocimiento.<sup>44</sup> La posición de que pelear

---

<sup>43</sup> Wacquant, “Pugs at work”, *Body and Society* 1/1 (Marzo 1995): 65-94, especialmente 75-82.

<sup>44</sup> Lo mismo era cierto para los gladiadores en la antigua Roma, en donde era un oficio de habilidad, lo reconociera el público o no: “el oficio de gladiador no se podía reducir a una desagradable carnicería: era un arte de la espada. De hecho, al teórico militar Vegece le gustaba alabar

en el cuadrilátero es cuestión de fuerza bruta y agresión cruda es una flagrante interpretación errónea, una que Henri, un negro de categoría mediopesado que ha peleado profesionalmente por más de una década además de tener un trabajo muy bien pago en una fábrica farmacéutica, rápidamente quiere disipar:<sup>45</sup>

Es un juego de hombres pensantes, pero los de afuera no lo ven. Lo único que ven es dos hombres arrojándose golpes, ¿entiendes? Bueno, eh, tienes que pensar en lo que vas a hacer, cuándo lo vas a hacer, y cómo lo vas a hacer. Mira, eso es lo que tienes que pensar... (a través del entrenamiento con el tiempo) sale naturalmente. Cuando te veo a ti, sé exactamente lo que voy a hacer. Mira, siempre busco el espacio. Tomo lo que me das. Siempre te tengo que pegar desde tus errores.

Un muy conocido refrán de gimnasio dice que el boxeo es “setenta y cinco por ciento físico y setenta y cinco por ciento mental”, lo que quiere decir que el boxear no sólo requiere de fuerza física y habilidad técnica sino también de resolución moral e inteligencia táctica. Ya que un combate es esencialmente una *lucha estratégica e interactiva*, dominar los golpes básicos (jab, hook, cross, uppercuts) y los movimientos (fintas y esquivas, movimientos pivot, bloqueos y demás) y ser experto en la complejidad de la dirección del cuadrilátero está lejos de ser suficiente. Un boxeador debe también desarrollar la habilidad para integrar y combinar estos elementos una y otra vez durante cada combate para resolver el enigma práctico impuesto por las herramientas físicas, técnicas y tácticas de su oponente. Una vez que entra a las cuerdas, uno debe instantáneamente identificar las fortalezas y debilidades de su adversario, modificar (y alterar) su ritmo y decidir, en menos de un segundo, “cómo vas a ejecutar los golpes, cuando lo vas a hacer, en que momento...no es como la riña de gallos”, insiste Jeff, un peso welter blanco de 29 años, que empezó su séptimo año como profesional. “Quiero

---

las habilidades de sus gladiadores ante los soldados de las legiones para estimularlos”. (Jean-Claude Golvin y Christian Landes, *Amphithéâtres et gladiateurs*, París: Publications du CNRS, 1990, 168).

<sup>45</sup> Vincent, un peso mediano negro que recién se había mudado de nuevo a Chicago después de una decepcionante incursión en el circuito boxístico de la costa oeste, afirma: “Mi mentalidad es que es una *ciencia, es una pieza de arte y belleza*: me gusta hacer errar al otro, ¿entiendes? *contragolpearlo*, mostrar mi superioridad con velocidad y habilidades, no tanto al salir y decir ‘te voy a mostrar que soy un bruto más fuerte y más *macho* que tu, y ya molerte a palos y *destrozarte* y cosas de ese estilo.” Y Anthony, un instructor atlético de medio de tiempo de 27 años que va por su segundo año como profesional, lo pone de esta manera: “Yo lo veo como un modo de vida, es algo *que hacer*, es algo que dominar, es una técnica de todo tu cuerpo: mira, puedes dominar una computadora o una calculadora, algo así. Bueno yo domino cómo utilizar mis brazos como algo que viene de científicos o de las peleas de allá por la octava dinastía – son los que pensaron el boxeo, karate, estas artes, así que estoy tomando eso que inventaron hace mucho tiempo y los estoy *dominando de una manera apropiada*.”

decir boxeas y te mueves y vas pensando sobre lo que tienes que hacer, lo que vas a realizar, ¿sabes? Aumentar la cantidad de jabs, hacer que el otro retroceda o tire un jab, enganchar tus jabs.” Un entrenador italoamericano del gimnasio del West Side elabora:

Es como cuando juegas a un juego, Monopolio o cualquier otro: es quien es *más listo* que otro...yo les digo en el cuadrilátero, es quien tiene que ser el mejor hombre: tienes que usar estrategia, algunas veces tienes que usar la fuerza, algunas veces tienes que usar los movimientos, ¿entiendes?, es como – no es solo entrar ahí y golpear al otro, es un arte, como bailar, ¿sabes?, aprendes los pasos, aprendes los movimientos, atraviesas un montón de entrenamiento (haciendo ademanes con sus manos) no solo entras y en tres días tienes una pelea.

Muy parecida a la actividad del electricista, soldador o alfarero,<sup>46</sup> el pugilista requiere una competencia encarnada, indexada y sensible al contexto que no es susceptible a ser extraída de su lugar natural y sacada de sus condiciones concretas de su actualización. Es una *técnica cinética* que consiste en disposiciones volitivas, emocionales, cognitivas y físicas entrenadas que no pueden ser transmitidas o aprendidas a través de un medio de teoría pero que debe ser, por el contrario, prácticamente *implantada*, por decir de algún modo, en el boxeador a través de la encarnación directa.<sup>47</sup> Esto significa que lleva años de entrenamiento arduo e intensivo, así como también extensa experiencia en el cuadrilátero, para adquirir un manejo apropiado del juego. La mayoría de los entrenadores estiman que un mínimo de tres o cuatro años son necesarios para producir un boxeador amateur competente y unos tres años más para moldear un profesional competente. “No existe un atajo en el boxeo, y aprender a pelear no es un progreso fácil”, comentaba mi viejo entrenador, “Sí, porque aceptas unos cien hombres que vienen al gimnasio, tal vez *dos* llegan a ser profesionales”. Lo cual a su vez ayuda a explicar el valor altamente distintivo de la vocación de los puños: cualquiera puede tomar un trabajo en una fábrica o pasar drogas en la esquina; no cualquiera tiene el valor de entrar al cuadrilátero pero, aún más, las agallas para retirarse a un gimnasio por años y aguantar la disciplina impávida del cuerpo y la mente que este exige.<sup>48</sup> El compromiso genuino y el amor al juego son

---

<sup>46</sup> Ver por ejemplo, Robert Linhart, *L'établi* (París: Editions de Minuit, 1976), y Carla Needleman, *The Work of Craft* (Nueva York: Knopf, 1979).

<sup>47</sup> Wacquant, “The social logic of boxing in black Chicago”, 236-249, y “Desire, bodily work, and rationality: Practicing and theorizing the craft of boxing”, trabajo presentado al Departamento de Sociología, Universidad de California-Los Ángeles, abril 1992)

<sup>48</sup> El verdadero encarcelamiento social que requiere el boxeo está admirablemente expuesto en

indispensables para sustentar a un boxeador en el tiempo. En este respecto, así como también en términos de autonomía y habilidad, los boxeadores se parecen a un artesano más de lo que lo hacen al proletario clásico de la teoría marxista: son pequeños empresarios en actuaciones en las que arriesgan su cuerpo.

Tercero, a diferencia de los trabajos mal pagos, sin fin, y no calificados a los cuales los hombres jóvenes de las áreas pobres del centro son relegados en la nueva economía urbana,<sup>49</sup> el boxeo ofrece la posibilidad – *aunque ilusoria* – de una carrera, eso es, la posibilidad de avance a través de una secuencia de posiciones jerárquicamente ordenadas en una escala ascendente de status, prestigio e ingresos. Aún mejor: para unos pocos, aquellos que de algún modo triunfan al ensamblar el paquete ganador de corazón, talento, y la gente correcta detrás de ellos, ofrece la promesa de hacerlos ricos y de escapar de una vez por todas de “la vida del siervo urbano”.<sup>50</sup> Para que un boxeador de un club desconocido se proyecte de competidor para campeón, todo reguero de sudor y sangre promete llevar a Las Vegas y al “gran momento”, el “día de paga” que hará que todo valga la pena – y más. Más del 80 por ciento de los boxeadores profesionales activos en Chicago suscriben a la idea de que el boxeo les ofrece un camino viable fuera de la pobreza. E, increíblemente, casi todos ellos (más del 85 por ciento) cree, al menos al principio de sus carreras, que tienen la oportunidad de hacer el camino a la cima y convertirse en campeones mundiales.<sup>51</sup> Como mínimo, y a diferencia del trabajo con salario estándar en el cual el esfuerzo y la remuneración no tienen correlación, el boxeo promete que el esfuerzo continuo será a largo plazo recompensado: “es una habilidad a ser aprendida, algo en la vida que te gusta hacer, es como...es como, es como estar en un trabajo, ocho horas al día en el gimnasio – y vale la pena, y vale la pena a la larga”, asegura Matt, un negro

---

la novela *The Professional* de W. C. Heinz (Nueva York: Harbor House, [1958] 1984, introducción de George Plimpton).

<sup>49</sup> Roger Waldinger y Thomas Bailey, “The youth employment problem in World city” *Social Policy* 16/1 (1985): 55-59; Mercer L. Sullivan, “*Getting Paid.*” *Youth Crime and Work in the Inner City* (Ithaca: Cornell University Press, 1989).

<sup>50</sup> Como escribe Gerald Early de Joe Louis y Sonny Liston: “Ellos se entendieron bien porque conocían los destinos que habrían sufrido si no se hubieran convertido en boxeadores, los destinos de los hombres de clase obrera, negros y blancos, que viven en cualquier parte: una vida de crimen o una vida de trabajo manual ordinario, la vida de un siervo urbano” (Gerald Early, “American prizefighter”, en *Tuxedo Junction; Essays On American Culture*, Nueva York: The Ecco Press, 1991).

<sup>51</sup> Para explicar esta cifra extraordinaria (pocas profesiones electivas alimentan expectativas de carrera irrealistas con semejante ferocidad), uno necesitaría analizar tanto las bases estructurales del oneirismo ocupacional (tales como la naturaleza diádica e intransitiva de las jerárquicas boxísticas, la volatilidad y la impermanencia del capital corporal y la correspondiente meticulosidad de los criterios evaluativos), la trayectoria de reclutamiento de los boxeadores profesionales (muchos de los cuales entran en el oficio con la carga de la desilusión de carreras truncadas en otros deportes) y el trabajo despiadado de mistificación colectiva necesario para sostener el compromiso con el deporte.

categoría crucero del South Side que peleó dos veces por el título mundial.

Por último, y en relación con lo anterior, el boxeo es una profesión glamorosa, muy apreciada no por la sociedad en general sino por lo que Tocqueville llama la “pequeña sociedad” de parientes, compañeros y vecinos. El prestigio de la *Sweet Science* en los barrios de bajos ingresos está basado esencialmente en el hecho de que da expresión pública dramatizada a los valores viriles (tales como la dureza, agresividad y la valentía física) que forman la base común de las culturas de la clase obrera a lo largo de las divisiones etnoracistas.<sup>52</sup> Un negro peso mediano de 32 años del Club de Stoneland Boys con más de una década de experiencia en el cuadrilátero tiene un comentario sobre este tema:

Todos saben que un boxeador es un *individuo duro* y en cualquier momento subes al cuadrilátero y pones tu vida en juego, la gente te da una palmada en la espalda porque estas haciendo algo a lo que puedes conseguir (con seriedad) ser lastimado, herirte gravemente o incluso morir, entonces te dan elogios y gloria por ser un guerrero así, entrar al cuadrilátero y salir.

Su compañero de gimnasio Ed, agrega: “Es admirado, quiero decir, así como la gente va a las peleas profesionales y ve a dos boxeadores entrar en el cuadrilátero: esta ese miedo, ese (gruñido gutural) “JUUN”, es asombroso, ¿entiendes?” la fuerza aural del boxeo se refuerza por su asociación con la constelación más amplia dominada por los medios de deportes profesionales, discutiblemente el sector más atrayente de logro individual hoy en día en los jóvenes de clase baja, y en particular, de los jóvenes negros.<sup>53</sup> El cuadrilátero puede probar ser un trampolín al estrellato y un puente al universo atractivo, de otro mundo, de las personas de categoría y las celebridades.<sup>54</sup>

El capital simbólico agregado a ser un atleta profesional es más fácil debido a la ignorancia pública sobre la diferencia abismal en los sueldos y los

---

<sup>52</sup> David Robins y Philip Cohen, *Knuckle Sandwich: Growing Up in the Working Class* (Harmondsworth: Penguin Books, 1978); Ruth Horowitz, “Masked intimacy and urban marginality: Adult delinquent gangs in a Chicano community”, *Urban Life* 11 (1982): 3-26; Douglas E. Foley, “The Great American Football ritual: Reproducing race, class and gender identity”, *Sociology of Sport Journal* 7 (1990): 11-135; R.W. Connell, “Live Fast and die young: the construction of masculinity among younger working-class men on the margin of the labour market”, *Australian and New Zealand Journal of Sociology* 27/2 (agosto 1991): 141-171.

<sup>53</sup> William J. Rudman, “The Sport mystique in black culture”, *Sociology of Sport Journal* 3/4 (diciembre 1986): 305-319, y, en un modo más narrativo, el relato periodístico de H.G. Bessinger en *Friday Night Lights: A Town, A Team, and a Dream* (Nueva York: Harper Perennial, 1991).

<sup>54</sup> Joshua Gamson, *Claims to Fame: Celebrity in Contemporary America* (Berkeley: University of California Press, 1994).

patrones de carrera entre “boxeadores de nombre” y los boxeadores del club.<sup>55</sup> Sacando las ideas de las billeteras millonarias que ellos leen en los artículos de diarios sobre prominentes – pero bastante atípicas – peleas por los títulos de peso pesado, la mayoría de la gente cree que los boxeadores principiantes recaudan grandes sumas, en miles de dólares y más, cuando de hecho ellos apenas sacan unos pocos cientos de dólares por unas semanas de preparación onerosa. Un negro de peso welter que se mantiene al combinar el boxeo con una variedad de “chanchullos” en las calles del gueto del South Side confiesa con vergüenza: “es como si fuera una especie de ídolo, tengo un montón de gente en el barrio, saben que soy buen boxeador, quieren idolatrarme, (con voz aguda) y ¡yo ni siquiera gano dinero!”<sup>56</sup>

Como muchas de las citas anteriores evidencian claramente, la concepción del pugilista sobre su oficio no está totalmente separada de una dimensión estética. No, seguramente, en el sentido del “alto nivel” del interés objetivo por la expresividad y la coherencia de las formas y una celebración de su finalidad, ni tampoco como una estética tejida en las estructuras de los actos personalizados del consumo cultural.<sup>57</sup> El sentido específico de belleza del boxeador reside en una apreciación conocida y crítica de la maestría estratégica instantánea de un grupo enmarañado de técnicas, restricciones y contingencias que requieren un equilibrio, destreza, seguridad en el juicio y precisión exacta, así como también intervención mordaz hacia la conquista de nuestro objetivo. Ed, un hombre negro de categoría crucero de 36 años que trabaja como oficial correccional y como consejero en un centro de reinserción y que vino al boxeo luego de una breve carrera como jugador de fútbol profesional, lo verbaliza así:

Yo quiero decir, para poder pararte frente a un hombre, un hombre enorme, y te pega y se esfuerza en pegarte y lastimarte,

---

<sup>55</sup> Este capital es especialmente alto entre las jóvenes de clase baja quienes, según los boxeadores, son propensas a ser impresionadas por sus credenciales de “atletas profesionales,” como cuenta Vincent: “un montón de mujeres no lo van a admitir, pero creo que miran eso, ¿entiendes? eres un boxeador porque – *antes que nada, la mayoría de la gente está en este mundo de fantasía* de que todos los boxeadores tienen un montón de dinero, o que hacen mucho dinero. Y además piensan que eres un tipo duro, el tipo que puedes buscar para que te proteja, y así, y es como que – especialmente si eres uno de los que estuve en televisión, y bueno, como que estuve en Los Ángeles, y se sintió como si anduvieras con una gran estrella o alguien que está camino a serlo”,

<sup>56</sup> Otra indicación de la adulación que disfrutaban los boxeadores en su círculo social inmediato: la gente con frecuencia los llama “campeones” sin importar sus logros en el cuadrilátero, o su falta de ellos. Este es el caso de un mediocre peso mediano negro de 33 años con sólo cuatro victorias en doce peleas: “Te admiran, *se siente bien* porque cuando estás corriendo y la gente te toca bocina, les digo así, cuando estoy corriendo dicen “seguí campeón” o tocan, tocan las bocinas: eso me da fuerza cuando estoy cansado y eso me hace saber que tengo el apoyo y me hace trabajar más duro”,

<sup>57</sup> Paul Willis, Simon Jones, Joyce Canaan y Geoff Hurd, *Common Culture: Symbolic Work at Play in the Everyday Culture of the Young* (Boulder: Westview Press, 1990), 48-52.

y ni siquiera puede pegarte, y vos no estás a más de (susurra con excitación) doce pulgadas de él: eso, eso, es un arte poder hacer eso...eso es ser capaz de tener tu ritmo, hacer tu propio estilo individual, y poder representar y presentarlo al público, eh, poder hacer eso, quiero decir, tener arte, y que lo aprecien, ¿sabes?, es muy beneficioso.

Lo que hace que el boxeo sea un arte para los boxeadores profesionales no es, como sostienen los escritores y expertos en deporte, que constituye un “diálogo simbólico” (como diría C.E. Ashworth) y, menos aún, una “conversación” que los pugilistas mantienen sobre “sus físicos” (para evocar el inimitable idiolecto obsesionado con el mismo de Norman Mailer).<sup>58</sup> Son “las técnicas por las que tienes que pasar, el entrenamiento que tienes que hacer” y la unión única de cuerpo y mente, instinto y estrategia, emoción y racionalidad que deben ser demostradas *in actu*, en las acciones eficaces del combate. La belleza pugilística reside en sentido práctico de la pelea misma, no en lo que significa, como el siguiente comentario de Jeff hace obvio: “Ser capaz de dar un golpe de la manera en que lo imaginaste en tu cabeza, como vas a hacerlo, ¿sabes?, quiero decir eso es un arte. En el momento justo, a la velocidad correcta y demás, es (enloquecido) es un sentimiento terrible después de haber estado entrenando todo este tiempo y golpear a alguien con un golpe perfecto”.

Si se puede decir que el pugilismo es artístico, entonces, no lo es tanto en el sentido de estética de Kant, como una expresión de disposición pura de “diferenciar” y “apreciar” la belleza enraizada en la sensibilidad interna de uno, sino como una manifestación de lo que Thorstein Veblen llama “el instinto de habilidad”: la apreciación sofisticada e interesada del “uso eficiente de los medios a mano y el manejo adecuado de los recursos disponibles para los propósitos de la vida.”<sup>59</sup> Para mi compañero de gimnasio Lorenzo, un boxeador categoría welter de 24 años que entró en los ranking mundiales después de trabajar duro por seis años en los amateurs y tres años en los profesionales, boxear es una “**Una cosa de tipo técnico, es hermoso hacerlo**: me gusta mirar videos de boxeadores trabajando”. Y continúa negando el tropo de violencia y afirma, en su lugar el tema del amor:

---

<sup>58</sup> C. E. Ashworth, “Sport as symbolic dialogue”, en Eric Dunning, editor, *The Sociology of Sport: A Selection of Readings* (Londres: Frank Cass and Co, 1971): 40-46; Norman Mailer “*King of the Hill: On the Fight of the Century*” (Nueva York: New American Library, 1971), 87.

<sup>59</sup> Thorstein Veblen, *The Portable Veblen*, editado por David Lerner (Nueva York: Viking, 1948), 318. O, para tomar prestadas las palabras de Mike Tyson al comentar sobre una victoria por nocaut sobre su rival peso pesado Pinklon Thomas (citado en Wiley, *Serenity: A Boxing Memoir*, 187): “Tiré puñetazos con malas intensiones... estaba intentando golpearlo detrás de la oreja, en un área vital... ¿viste ese jab? Uh, ¡estuvo bueno! Lo dejé hecho pedazos”.

Todos, un montón de gente mira al boxeo como una pelea, un deporte brutal, pero sabes que no es eso para mí. Eh... vi a todos los buenos boxeadores en el mundo del boxeo, entonces para mí es un arte técnico, eh..., es hermoso boxear. (¿Hay algo de belleza en el boxeo?) Sí, lo siento en el cuadrilátero, es por eso que me gusta, *que lo amo tanto – no me gusta – lo amo mucho*. Amo lo que hago.

### “Un amor cariñoso” o las recompensas sensuales del boxeo profesional.

“Tenés que amarlo. Lo camino, lo hablo, lo duermo, lo actuó y lo miro. Algunos no me creen cuando digo que me siento deprimido cuando estoy en la casa sin hacer nada”, una vez reveló Marvellous Marvin Hagler.<sup>60</sup> Mucho de esto también es verdad para los boxeadores del club y *journeymen* quienes nunca disfrutarán ni una fracción de la riqueza y fama obtenida por el campeón pelado de peso mediano. Porque los boxeadores están obligados a su profesión por una profunda, multifacética y sensual relación de afecto y devoción obsesiva, una conexión organizada (*sympatheia*) semejante a la lealtad religiosa inscrita en su ser – o, mejor aún, una forma de posesión nacida del profundo rehacer de su “cuerpo vivido” (*corps propre*) de acuerdo con estipulaciones específicas temporales, fisiológicas y cognitivo-emocionales del juego.<sup>61</sup> Boxear no es simplemente algo que ellos *hacen*, una actividad instrumental, un pasatiempo y un trabajo separable de su persona. Ya que demanda y efectúa una reestructuración trascendental de ellos mismos así como también una colonización integral del mundo de uno, boxear es lo que ellos *son*: define su identidad más profunda, sus uniones prácticas, sus quehaceres diarios y su acceso a y ubicación en la esfera pública.<sup>62</sup> La

---

<sup>60</sup> William Nack, “What’s in a name?” *Sport Illustrated* 57/15 (18 de octubre de 1982): 80-94, cita p. 94.

<sup>61</sup> Sobre el “cuerpo vivido” (*corps propre*) como un “sistema de poderes motores y poderes preceptuales” constituidos mediante su desenvolvimiento en y hacia el mundo, ver Merleau-Ponty, *Phenomenologie de la Perception*, sección III, especialmente 173-179. Wiley (*Serenity: A Boxing Memoir*, 158) da una descripción concisa de esta dilección absorbente y cómo puede abrumar todas las otras búsquedas: “Boxear era el único interés perdurable de Hearn [Thomas campeón mundial]. Compró un gran piano Young Chang y nunca aprendió a tocar ni una sola nota. Ordenó la construcción de un bar decorado en su casa, pero no tomaba. Construyó una pileta con forma de guante, pero no nadaba. Habló de convertirse en un empresario, cuando hablar de negocios lo aburría fácilmente. Dijo que quería ser actor, sin embargo su expresión nunca cambiaba. Un solterón, manejaba un Mercedes Benz serie 500 dorado. Pero no le gustaban las fiestas. Él prefería entrenar con uno que hablarle”. Otras numerosas ilustraciones pueden ser seleccionadas de mi diario etnográfico y de las biografías de campeones publicadas.

<sup>62</sup> Un peso pesado negro de 30 años que peleó con la mayoría de los “grandes” de su división en los cuatro años de su carrera profesional sintetiza bien el tema: “¿Por qué entro al cuadrilátero? Porque he sido *entrenado* para entrar en el cuadrilátero y porque tengo el *corazón* para entrar al cuadrilátero, y es parte de mi *vida*, entonces tengo que entrar al cuadrilátero, es algo que me *gusta*, y que siempre disfruto”. Desde este ángulo, el boxeo puede ser considerado como una forma de “trabajo

razón por la que los boxeadores parecen no poder retirarse del juego de manera definitiva, sostiene Vinnie, un hombre blanco “con posibilidades” apoyado por su representante que ha conseguido once victorias seguidas desde su cumpleaños número veinte, es “porque se convierte en parte de tu interior, se convierte en parte de tu corazón como tú dices, ellos podrán querer dejar, ellos podrán no querer venir al gimnasio (apasionadamente) pero será *siempre* una parte de ellos: *jellos son hombres boxeadores!*”

Tanto enfatizar la inseguridad material y el proyecto concomitante del mejoramiento económico pueden apenas justificar el fervor y el profundo compromiso que une a los pugilistas con su profesión. Prueba de esto es que pocos de ellos cambiarían su durísima ocupación por un trabajo seguro en una economía de trabajo asalariado, aún por una que pudiera permitirles mantenerse a ellos mismos y a su familia. También, un buen número de boxeadores sacrifican una oportunidad ocupacional inmediata y un progreso por sus ambiciones pugilísticas, dejando sus trabajos ya sea por que son físicamente demandantes o porque consumen demasiada energía o por conflictos entre sus trabajos y los horarios de entrenamiento. Pregúnteles si “colgarían los guantes” si encontrarán un “buen trabajo” (lo que sea que signifique para ellos), dos tercios de los pugilistas de Windy City contestarían con la negativa: “No, *amo* boxear”, inscribe Dave, un portero de 26 años que recién se hizo profesional después de nueve años batallando en los amateurs. Boxear es mi primera prioridad, ¿sabes?, es *mi vida, es un trabajo para mí, es una carrera*”. Un joven negro peso pesado desde el lejano South Side que entró en su tercer año como profesional se hace eco:

*No sé, no pienso, tendría que ser un muy buen trabajo. Tendría que ser un muy buen trabajo. Hacer mucho dinero y tener un montón de beneficios, porque no veo qué mierda me haría renunciar al boxeo. No veo nada que pueda hacerme renunciar al boxeo ahora. Ni siquiera un buen trabajo. Trataría de tener un buen trabajo y seguir boxeando. Me gusta.*

Un *journeyman* peso ligero que se unió a la categoría de los profesionales en sus veinte y pocos años después de una carrera amateur mediocre en el ejército y que aspira a “un trabajo que pague 15 dólares la hora” que indique una mejora sustancial con respecto a su situación laboral actual – trabaja alrededor de 70 horas a la semana como carpintero en el negocio de su hermano por apenas unos

---

de identidad” realizado no a través de charla, como en el análisis de las técnicas de salvación del yo entre las personas sin hogar de Snow y Anderson, sino mediante el trabajo corporal y el rendimiento (David A. Snow y Leon Anderson “Identity work among the homeless: The verbal construction and avowal”, *American Journal of Sociology* 92/96 (1987): 1336-1371.

mil dólares al mes – no dejaría la ocupación por eso: “Nop, *tengo que ir*: una vez que pones la cabeza en algo, tienes que mantenerte en eso, sin importar cuantos golpes recibas en el camino, tienes que empeñarte en eso, tienes que empeñarte en eso. Nosotros lo hacemos.”

Los pugilistas comúnmente recurren a metáforas biológicas de drogas y contaminación para articular el *encaprichamiento visceral* que ellos alimentan para su ocupación y la obligación moral que ellos sienten de dar todo lo que tienen. “No quisiera decir que es una enfermedad”, considera Jesse, un policía latino de 29 años que entró en el gimnasio a los catorce años y que ha peleado casi ininterrumpidamente desde entonces. “No pienso que sea una enfermedad, es una *amor cariñoso* el que tengo por el boxeo”. Boxear, ellos explican, es “algo que está en la sangre”, que no puedes “sacártelo de encima” una vez que lo has probado, aun cuando pueda amenazarte con destruirte en última instancia.<sup>63</sup> Los boxeadores también piden prestado del léxico del amor romántico para expresar la afición y reverencia que sienten por la *Sweet Science*, al hablar de este último como uno lo haría de una enamorada difícil pero seductora o, mejor aun, de una amante voluptuosa y animada, siempre codiciosa y pesada pero cuyo magnetismo no puede ser abandonado o eludido. “Pones tanto de tu tiempo, ¿entiendes?, sangre y sudor todos esos años – ¿cómo puedes desentenderte?” pregunta retóricamente pregunta un peso mediano de 26 años que empieza su tercer año como profesional. “No conozco mucha gente que se haya podido “divorciar” de él y nunca mirar hacia atrás, por eso creo que es muy difícil”.<sup>64</sup> El boxeo constituye de muchos modos un homólogo estructural y rival para la enamorada del pugilista ya que causa una desviación de su tiempo, energía e inversión mental y emocional de la esfera doméstica (y erótica), en efecto apropiándose de la libido del boxeador. De manera reveladora, los boxeadores que “rompen con el entrenamiento” al perderse una sesión en el gimnasio o al involucrarse en una relación sexual antes de un combate a menudo dicen que sienten culpa por haber “engañado”, como si el boxeo fuera su verdadero compañero de vida y su novia o esposa una relación pasajera.

Así como con ocupaciones como el baile, el canto, las predicaciones, y actuaciones del mismo tipo centradas en el cuerpo que tradicionalmente ocupan un lugar fundamental en la cultura de la clase obrera, especialmente la afro

---

<sup>63</sup> Como los hizo físicamente con la figura mas afamada y querida del boxeo, Muhammad Ali, acerca de quien el entrenador Angelo Dundee remarcó: “Muhammad nunca estaba feliz fuera del cuadrilátero. El ama el boxeo. El gimnasio, la competencia. Estaba en *su sangre*, y ganara o perdiera, lo amó hasta el final” (en Thomas Hauser, *Muhammad Ali: His Life and Times*, Nueva York: Simon and Shusters, 1991, p. 399, énfasis agregado).

<sup>64</sup> O, para citar una variante sobre este tema: “El boxeo es como una esposa. Puede ser bueno contigo, si lo tratas bien. Si no, entonces, como una esposa lo sabrá, porque está ahí contigo todo el tiempo” (ex campeón Bobby Chacon, citado en Wiley, *Serenity: A Boxing Memoir*, 135).

americana,<sup>65</sup> la habilidad pugilística es considerada por muchos como un “don” sagrado, una habilidad carismática conferida por una autoridad suprema cuya posesión conlleva una obligación moral de cultivarla y usarla bien. Como en el caso de la destreza verbal en un predicador negro, los boxeadores consideran que el boxeo es algo que ellos tienen “dentro” y que sería desaprensivo no explotar tal tesoro interno y perderse la realización del destino que este puede albergar para ellos. La atracción carnal del pugilismo es tan potente que los boxeadores pueden perder su habilidad para verse a ellos mismos fuera de la actividad en el cuadrilátero.<sup>66</sup> De hecho, en muchos casos el boxeo está tan enredado con su sentido de identidad, tan complejamente trenzado, que simplemente no pueden prever la vida sin él.<sup>67</sup> Dice un desempleado negro de peso mediano que migró a Chicago de un pueblo pequeño del sur hace cuatro años para perseguir sus sueños de gloria pugilística:

Entro en el cuadrilátero, es más un, es una emoción combinada con las *destrezas*, combinado con algo que quiero hacer. Es algo que me gusta hacer, me hace sentir que *soy yo*. Quiero que Willie M- entre al cuadrilátero. Willie M-, Willie M-. Ahora mismo, si yo tapara el cuadrilátero, Willie M tendría que encontrar otra cosa para hacer. Ahora mismo, el cuadrilátero es lo que hace que Willie M- sea Willie M. Me siento en casa en el cuadrilátero, siento que es *mi* ambiente. Aquí es donde soy yo. Como los demás con sus trabajos, eso es lo que soy: soy un boxeador.

Kenny tomó un trabajo nocturno como guardia de seguridad para reservarse el día para entrenar. Trabaja de once a siete de la mañana siguiente,

---

<sup>65</sup> Charles Keil, *Urban Blues* (Chicago: The University of Chicago Press, 1966); Ray Allen, *Singing in the Spirit: African-American Sacred Quartets in New York City* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1991); Gerald L. Davis *I got the Word in Me and I Can Sing It, You Know: A Study of the Performed African-American Sermon* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1985).

<sup>66</sup> Freud argumenta en *Civilization and its Discontents* (Nueva York: W. W. Norton, [1930] 1962, 13) que el amor es fundamentalmente una experiencia de combinación que implica una fusión ilusoria tal que “el límite entre ego y objeto amenaza con desvanecerse.”

<sup>67</sup> Es este amor apasionado, más que los fríos cálculos de ganancia económica, lo que impulsa a los boxeadores a volver al cuadrilátero después de una herida que amenazó su vida. Vinnie Pazienza de Rhode Island sorprendió al mundo del boxeo – sin mencionar a sus neurocirujanos – cuando volvió a entrar en combate (y pasó ganar un título mundial) solo meses después de haber sufrido un aplastamiento casi mortal de las varias vértebras del cuello en un choque automovilístico. Al día siguiente de haberse rozado con la muerte en el cuadrilátero por un hematoma cerebral masivo que lo dejó en coma y parcialmente paralizado, “Kid” Akeem Anifowoshe desafiantemente anunció desde su cama en el hospital que buscaría un título mundial otra vez: “quiero volver tan pronto como sea posible. Créanme, haré cualquier cosa para boxear de nuevo. Paso a paso. Tómense su tiempo. El sueño aun no ha terminado” (en Berger, *Punch Lines* 39 y 19-23).

vuelve a casa, duerme hasta la tarde temprano, y luego se dirige al gimnasio. No lo haría de otra manera:

Amo el boxeo. Sé los fundamentos del deporte, ¿sabes?, esto es lo que me hace feliz. Si no hiciera esto, ¡*no sería feliz, hombre!* Estaría ahí afuera haciendo algo malo. Creo que probablemente *moriría*, ¿entiendes?, (alegremente) porque es por lo que vivo, es un gran deporte para mí, simplemente amo hacerlo.

Los boxeadores sienten que, al entrar al cuadrilátero, pueden lograr algo inaccesible o prohibido para ellos fuera de él, ya sea riqueza, fama, excitación, o una sensación de control personal y competencia moral o simplemente las alegrías prosaicas indescriptibles de estar atrapados en una red densa de actividades llenas de tensión que los valorizan e imbuyen sus vidas con brío, empuje y trascendencia. Más importante, todas estas recompensas pueden ser alcanzadas *con sus propios poderes*, como una consecuencia de sus elecciones y luchas individuales, *volens et libens*, así dando fe de sus facultades operativas para eludir las restricciones comunes que limitan a los otros alrededor de ellos. En resumen, la predilección de los boxeadores profesionales no es tanto (o no solo) una reacción a la privación material como un recurso para elaborar, y luego responder a, el *desafío existencial de lo que uno puede crear*, bajo tales condiciones que el cuadrilátero parece como la arena más atractiva en la cual hacerle frente a esto.

El boxeo es, tomando la terminología de Goffman, “donde está la acción”: un universo en el cual el más pequeño comportamiento es “fatídico”, esto quiere decir, problemático y fuertemente trascendental para el individuo involucrado en él.<sup>68</sup> Al entrar en una ocupación que gira sobre “un empresa intencionada con serias oportunidades”,<sup>69</sup> los boxeadores reajustan decididamente la estructura y textura de su entera existencia – su curso temporal, su perfil cognitivo e impresionable, su aspecto psicológico y social – en modos que los ponen en una posición única para reafirmar su entidad. Con el riesgo viene también la posibilidad de control; con dolor y sacrificio, la eventualidad de elevación moral y reconocimiento público; y con la disciplina y el compromiso, la ganancia existencial de renovación personal e incluso trascendencia. A través de la gestión del boxeo, la ambición de los boxeadores es rehacerse a ellos mismo y al mundo alrededor de ellos.

---

<sup>68</sup> Ervin Goffman, “Where the action is”, en *Interaction Ritual* (Nueva York: Anchor Books, 1967), 149-270. El sociólogo canadiense explícitamente pone al boxeo en la lista de “deportes de espectáculos profesionales cuyos actores ponen en riesgo dinero, reputación y seguridad física al mismo tiempo,” lo que él ve como paradigmático de “acción” (ibid., 174 y 181 y en la página 179 cita el famoso esbozo de “subcultura ocupacional del boxeador” de Arond y Weinberg de 1952).

<sup>69</sup> Goffman, “Where the action is”, 167

El pugilismo profesional permite a sus aficionados escapar del mundo de mundanidad y oscuridad ontológica al cual sus vidas mediocres, trabajos inseguros, y estrechas circunstancias familiares los relegan, y en su lugar entrar a un espacio extra-ordinario e “hiperreal” en el cual un ser masculino purificado y magnífico puede ser alcanzado.<sup>70</sup> Esto lo hace primero al clavarlos en el medio de un *paisaje sensorial exuberante*, un panorama extenso y variado de afecto, placer y drástica liberación. En virtud de su cierre al exterior y la severa disciplina psicológica que requiere, el universo pugilístico ofrece una excepcional “tensión-equilibrio entre el control emocional y la estimulación emocional” que genera una excitación sin parangón y ofrece un continuo “refresco emocional” a sus participantes.<sup>71</sup> Contrapuesto al tono monocromático de su vida cotidiana en la sombra de la marginalidad urbana, aún la rutina altamente reiterativa y predecible del entrenamiento estimula y atrae debido al cambio que causa en el “equilibrio de lo sensorio”<sup>72</sup> y a la continua estimulación cinestésica, visual, táctil y auditiva que produce.

Para el boxeador, ejercitar diariamente es como un viaje interminable de exploración a través de las vastas extensiones de su territorio corporal. A través de la infinita repetición de los mismos ejercicios (boxeo con adversario imaginario, golpear un colección de bolsas, saltar la cuerda, sparring, calistenia), aprende a monitorear y a dialogar con las diferentes partes del cuerpo, esforzándose para expandir sus poderes motores y sensoriales, desarrollar su tolerancia a la presión y al dolor, y coordinarlos cada vez más cerca mientras su organismo se empapa lentamente del esquema accional y perceptual del oficio pugilista. Convertir al cuerpo de uno en máquina de pelear impecablemente afinada es un proceso fascinante y gratificante por propio derecho. “Cuando sales del gimnasio te sientes como una persona completamente diferente. Algunas personas les gusta drogarse, *esa es mi droga*”, reflexiona un Méjico-americano peso mediano que ha pasado más de una década patrullando los cuadriláteros del Midwest. “Es una gran sensación, que estás en forma y vives una vida disciplinada, no hay nada como eso en el mundo – *estás en una nube*”, confirma Jeff.

---

<sup>70</sup> Para recuentos perceptivos de una búsqueda similar en otros reinos existenciales, leer el análisis de Jack Katz de “Ways of the badass”, (en *Seductions of Crime*, 80-113) y el repaso de de Fussell de su conversión al culto de la musculatura (Samuel Wilson Fussell, *Muscle: Confessions of an Unlikely Bodybuilder*, Nueva York: Poseidon Press, 1992). Para más comparación, ver Patricia Adler y Peter Adler acerca de la producción colectiva del “yo glorioso” entre jugadores de básquet universitario (*Blackboards and Backboards: College Athletics and Role Engulfment*, Nueva York, Columbia University Press, 1991, 155-173).

<sup>71</sup> Elias y Dunning, *Quest for Excitement*, 115, 100.

<sup>72</sup> Anthony Synnott, *The Body Social: Symbolism, Self, and Society* (Londres y Nueva York: Routledge, 1993), 149-154.

A lo largo del extenso y sinuoso ciclo de “altos y bajos”<sup>73</sup> emocionales abarcados en semanas de preparación para un combate, los boxeadores tejen una tapicería delicada de materiales afectivos que mezclan ansiedad y enojo, agresión y miedo, impaciencia y euforia. Subirse a la montaña rusa del pugilista le da a la vida un brillo y una chispa que de otra manera no tendría. Danny, un puertorriqueño categoría crucero con un récord de dos derrotas, dos empates y solo una victoria, revela que entró en el cuadrilátero “para divertirse, es *emocionante, no sabes lo que va a pasar en el cuadrilátero y me encanta. Odio estar aburrido* con lo mismo una y otra vez. Y el boxeo todo el tiempo – puedo entrenar en boxeo contigo diez veces y las diez veces va a ser una pelea diferente”. Y se refiere con calma a la tan famosa derrota en la historia del boxeo, es decir, el noqueo de James “Buster” Douglas al invencible Mike Tyson en Tokio en el invierno de 1990, como evidencia de que cualquier cosa puede pasar entre las cuerdas.<sup>74</sup>

La cima emocional de la vida del boxeador, sin embargo, se alcanza no en el entrenamiento sino durante el mismo combate oficial – y en las horas y minutos antes y después de la pelea entre las cuerdas. La pelea es un microcosmo sensorial en sí mismo, caracterizado por el estrechamiento drástico de la receptividad perceptiva de uno mismo, el procesamiento altamente acelerado de los estímulos estresantes bajo profunda urgencia para así imponer orden en un campo perceptual complejo y entrópico versando por momentos en el caos completo y la combinación virtual con la tarea a mano que lleva a la experiencia eufórica de “fluir” y una intensa sensación de autodominio. Como otros “trabajos al límite” como pilotos de prueba, corredores de lanchas de velocidad, paracaidistas,<sup>75</sup> los boxeadores insisten que pelear tiene cualidades inefables que no pueden ser capturadas o entendidas lingüísticamente por los de afuera. Y dudan que alguna otra búsqueda pueda darles la emoción de una pelea de puños. Tienes

---

<sup>73</sup> Barbara Steinross y Sherryl Kleinman, “The Highs and lows of emotional labor: Detectives’ encounters with criminals and victims”, *Journal of Contemporary Ethnography* 17/4 (Enero 1989): 435-452.

<sup>74</sup> Danny continúa: “Eso es lo que amo de boxeo: nunca sabes lo que va a suceder, especialmente con los pesos pesados, nunca sabes cuando aquel gran golpe te va a caer. Un tipo te puede pegar y le puedes pegar a él, y es como que *se terminó todo*, ¿entiendes? en un segundo y te entra el entusiasmo y te da como una fiebre, ese entusiasmo, es como ¡guau! Esto es lo que yo quiero, un poco de peligro”. Un caso contundente de la potencia de esta “alegría expresiva” para motivar la acción riesgosa está en el análisis de Renato Rosaldo sobre las seducciones moral-emocionales de las cacerías de cabezas entre los Ilongot de Northern Luzon en las Filipinas, en *Ilongot Headhunting, 1883-1974: A Study in Society and History* (Stanford: Stanford University Press, 1989).

<sup>75</sup> Sobre la experiencia de flujo, ver Michael Csikszentmihalyi, “Leisure and Socialization”, *Perspectives of Biology and Medicine* 28/4 (1981): 489-497; sobre “trabajadores al límite” como una categoría generalizada de los exploradores de los límites psicoemocionales, Stephen Lyng, “Edgework: A social, psychological analysis of voluntary risk taking”, *American Journal of Sociology* 95/4 (enero de 1990): 851-886.

que experimentar en *carne* propia la angustia contemporánea y la excitación de “ir paso a paso” al juicio culminante de semanas de entrenamiento difícilísimo para entender completamente el magnetismo sensual del boxeo. Marty, un joven blanco de 22 años peso pluma que se hizo profesional a los diecisiete, relata la conclusión de su último combate:

No hay explicación para el sentimiento que tienes cuando, ¿entiendes?, dos mil personas gritando tu nombre, y tienes tus brazos en alto. Justo ahí es un sentimiento que, ni siquiera puedes *explicar*. Quiero decir ¿se me pone la piel de gallina de solo de pensarlo! No- no puedes explicarlo. *Es mejor que el sexo para mí*, creo. Quiero decir, no hay nada que se pueda comparar con eso.

El perfil emocional de la fase post pelea no es menos duro, mezcla dosis oscilantes de alivio, orgullo, pena y alegría. Siempre presente, siempre y cuando el boxeador se haya preparado debidamente y “sacrificado” como esta prescripto por el código de ética profesional, hay un sentimiento radiante de competencia y realización personal: “Después, ganes o pierdas, sabes que te vas a dar la mano y vas a saludar al tipo que peleó y es, es un *sentimiento grandioso, grandioso*”, afirma Roy. Los boxeadores frecuentemente comparan el consuelo que los llena después de un combate con llegar a la cima de una montaña por la que pueden volver a la tranquilidad de la vida cotidiana y saborear las delicias mundanas de las que se han privado por semanas: mirar televisión tarde a la noche, festejar con hamburguesas con queso y malteadas, salir y reanudar las relaciones amorosas. Un púgil del South Side compara la sensación con la de “sacarte una caja fuerte de la espalda,” otro lo relaciona con “tener un orgasmo”, mientras un tercero prefiere un paralelo con celebrar Navidad o un fiesta de cumpleaños sorpresa.<sup>76</sup> Una cosa que el boxeo definitivamente no es para los que lo practican es indiferente o aburrido.

### **La moral del boxeo**

“La toma voluntaria de las posibilidades serias es un medio para el cuidado y la adquisición del carácter”, escribe Goffman en su análisis pionero de la acción fatídica.<sup>77</sup> Una segunda e importante atracción inmaterial del boxeo profesional es que, al estar basado en una lógica de desafío agonístico y obediencia

---

<sup>76</sup> Nate, un peso welter negro desempleado que ha boxeado intermitentemente como profesional por cinco años, expresa esta sensación de logro: “Bueno, es como subir un montaña, hombre: cuando llegas a la cima estás feliz, ¿ok? Entonces es como, como, sabes, cuando ganas una pelea, es como (muy enfáticamente) que la misión está cumplida. Yo entreno para esto, eh, tenía un plan para lograrlo y funcionó”.

<sup>77</sup> Erving Goffman, “Where the action is,” 238.

estricta a una vida exhaustiva austera, proporciona un procedimiento altamente efectivo para establecer públicamente la fortaleza y el valor de uno. Entre las cuerdas, uno puede probar sin discusión ser un hombre de fuerza (*vir fortis*) pero también, y tal vez más importante, ser un *hombre honesto*. El boxeo, se dice dentro de la fraternidad de los púgiles, “dice la verdad” sobre una persona – y no solo sobre su parte pública y profesional como un guerrero del cuadrilátero sino también acerca de su valor interior como individuo privado.

La homología establecida en y por el cuadrilátero entre la excelencia física y la reputación moral descansa primero en la idea, englobada en noción omnipresente de “sacrificio”, que el éxito en la arena pugilística gira sobre la adopción de hábitos y conductas personales apropiados fuera de él. Se cree que un boxeador corriente que obra de acuerdo con los mandamientos del catequismo pugilístico, que se refieren en particular a la nutrición, la vida social y la actividad sexual, tiene todas las posibilidades de derribar a un enemigo más talentoso pero licencioso: “Es que los buenos boxeadores que son vencidos por tipos que no son tan buenos como ellos es porque este hombre que *hizo bien*, es mejor hombre”, filosofa el viejo entrenador de Stoneland. Un representante veterano de una docena de boxeadores hace de tal comportamiento de fuertes principios en la vida cotidiana su principal criterio de reclutamiento:

Si (un boxeador) no se *respet*a a sí mismo, y (adoptando un tono de reproche) le gusta estar en bares, le gusta drogarse, le gustan las fiestas, bueno, *no necesitas a este boxeador*, porque no vas a ningún lado, no puede ser el mejor, pero {el no va a *ningún lado*. Pero tienes a este chico, que tal vez no es *el mejor*, pero (volviéndose laudatorio) *siempre está en el gimnasio, es sano*, su mente siempre está *sana*, ¿entiendes?: el puede ir a *lugares*, porque un día, porque algún día vas a enfrentar a estos dos boxeadores y aquel va a ser un mejor boxeador: pero este está en mejor forma y va a ganar la pelea.

Sin tomar en consideración si tal justicia prevalece en la actualidad, el pugilismo es un “sistema de educación” (*disciplina*) que dota a la vida del boxeador con un tenor moral por el simple hecho de que la reglamenta y la somete a una disciplina militar excepcional por su extensión y austeridad.<sup>78</sup>

En segundo lugar, el boxeo “dice la verdad” porque somete a sus practicantes al escrutinio agudo y al juicio público de los otros de igual parecer, tanto los miembros del gremio como la más amplia comunidad de fanáticos. Es esencial que

---

<sup>78</sup> Durkheim enumera al “espíritu de la disciplina” como uno de los tres componentes fundamentales de la moralidad, junto con el altruismo (o afecto de grupo) y autonomía de la voluntad: cf. Emile Durkheim, *L'education morale* (París: Presses Universitaires de France, [1902-1903] 1963).

el combate de la destreza pugilística se lleve a cabo ante una audiencia, ya que solo esta última puede determinar el valor de los combatientes con su sola presencia y respuesta colectiva. Pararse frente al ojo público, en el centro de atención, que anuncien tu nombre, que sea reconocido, que hablen de él, ya sea por temor o desprecio, provocando “el rugido y la apreciación de la multitud” es un objetivopreciado y una amplia gratificación en sí misma. Bernard fácilmente confiesa que el boxeo: “por la gloria: para ser visto, ser el protagonista. El protagonismo. Una cosa: el protagonismo. Lo logré justo ahí en el centro del cuadrilátero en televisión, ¿entiendes? ¿Quiénes pueden contarte que estuvieron en televisión como yo?”<sup>79</sup> El lenguaje profesional reconoce esto en el contraste antinómico que establece entre “boxeadores de marquesina” (también “boxeadores de (re)nombre”) y los “oponentes” anónimos y los “aficionados” (también llamados boxeadores sin nombre) que proporcionan tantos cuerpos intercambiables como carne de cañón para sus pares mejor patrocinados que están “yendo a algún lado.”

De hecho, los boxeadores se ven a ellos mismos *artistas* y les gusta comparar su profesión con la de los artistas de la interpretación como estrellas de cine, bailarines y cantantes para quienes la imitación de personajes es fundamental y cuyo estatus esta dado por el alcance de su popularidad: “puedo casi considerarme un *casi actor*”, reflexiona Marty, “porque estoy tratando de verme bien no sólo para mí sino para todos los demás y de hacer bien el trabajo, ¿entiendes lo que quiero decir? Entonces sí, es casi como un actor, creo que es lo que los actores hacen, ¿no? Tratan de impresionarse a ellos mismos y a todos los demás”. La fantasía secreta de mi compañero de gimnasio Curtis era convertirse en “el Michael Jackson del boxeo”, es decir, forjar una personalidad en el cuadrilátero que “florejera como una flor por toda la multitud” y cautivara a las audiencias alrededor del mundo con deslumbrantes exhibiciones de valor, tenacidad y virtuosismo pugilístico.

El boxeo profesional está hecho a medida para *la construcción personalizada y convalidación pública de un yo varonil heroico* porque es una forma individualista distintiva de esfuerzo masculino cuyas reglas son inequívocas y según parece ubican a los contrincantes en una situación transparente de auto-determinación radical. A diferencia de los deportes en equipo, donde el éxito es necesariamente una función del temperamento y las acciones de otros, el boxeo es un enfrentamiento de uno a uno de voluntad y habilidad viril que depende

---

<sup>79</sup> El “protagonismo” y el reconocimiento público que llegan con la actividad en el cuadrilátero, a cualquier título, son también uno de los motivos principales detrás de las carreras prolongadas y de los regresos, como indica Tony: “Seré honesto, es así, ves a todos estos tipos que vuelven y cosas por el estilo. No es el dinero, no es el deporte, *es el protagonismo*. Es el protagonismo: cuando entras a algún lugar y alguien dice (con admiración), ‘Ey, ahí está esa persona. Ey, ¡es él!’ ¿sabes?, creo que de eso se trata el boxeo, pro lo menos hasta donde ve el boxeador a veces”.

de nadie y nada más que uno mismo.<sup>80</sup> Seguramente, tus entrenadores te ayudan durante los intervalos de un minuto entre los asaltos, y su consejo experto y apoyo no son sin rumbo en la pelea; pero una vez que suena la campana, debes rendirte al juicio de un combate solitario y espléndido. Y no puedes irte, porque no hay “lugar para esconderse” en el cuadrilátero. Como en el anfiteatro romano donde los gladiadores peleaban hasta la muerte sin posibilidad de socorro del afuera o de recurrir a ellos, uno no puede “fingir valor y sobrevivir por cobardía” en el cuadrilátero.<sup>81</sup> Correlativamente, el boxeador recibe todo el reconocimiento que beneficia a su acción pugilística, en vez de tener un elogio compartido con compañeros de equipo quienes tal vez no lo merezcan equitativamente.

Por todas estas razones, la reivindicación pública del carácter y la dignidad personal en el cuadrilátero adquiere una fuerza y pureza raramente logradas en el mundo exterior, donde la lucha por la vida (y el honor masculino) es comparativamente ambigua e incierta, sino claramente parcial. Lo que los boxeadores logran en el cuadrilátero, sin importar cuán poco sea, es algo que es indisputablemente de ellos, y será de ellos mientras vivan – y más allá de eso para los pocos que se han convertido en campeones, siendo de la ciudad, del estado o a nivel regional. Y sin importar cual sea el curso de sus vidas después, el mero hecho de poner un pie en el cuadrilátero es una adquisición personal que ninguna autoridad les puede arrebatar de su legítima autoría y propiedad. Mirando hacia atrás, hacia sus siete años como profesional después de cinco temporadas en amateurs y mientras considera la posibilidad del retiro, Jeff expresa pocos remordimientos sobre su carrera, aún cuando nunca cumplió su sueño de pelear por un título mundial:

Es un *logro*, puedo mirar atrás en mis años en la escuela secundaria y decir yo hice esto, ¿entiendes?, tengo estos trofeos y premios. Fui campeón en cinco, seis veces diferentes en los amateurs (insistente) en las Open divisions, no títulos novatos y eh, siempre puedo volver, ... vas a buscar (en los registros locales) y va a decir *Jeff R-*. Y no cambia, *eso es mió, para siempre*. No me lo puedes sacar, yo tengo algo. No, yo no jugué en el equipo de fútbol de la secundaria, y no fui una estrella corriendo, pero en realidad ¿quien se acuerda de ellos? Quiero decir que, yo fui

---

<sup>80</sup> El esgrima y el tenis también implican una competencia individual pero la confrontación ocurre a distancia, con la mediación de implementos específicos (espada, raqueta y pelota). Incluso en la lucha, el contacto corporal se eufemiza por el uso de uniformes y la pelea se “feminiza” por el abrazo directo y gestos más profundos y más suaves. El boxeo es virtualmente único por la desnudez y frontalidad del choque corporal que impone.

<sup>81</sup> Carlin Barton, *The Sorrow of the Ancient Romans: Gladiators and the Monster* (Princeton: Princeton University Press, 1993), 31.

el campeón, ¿entiendes?: *nadie me lo puede sacar – me lo voy a llevar a la tumba.*

El boxeo ofrece un teatro de riesgo controlado y habilidad viril en donde uno puede desafiar las probabilidades y probarse a uno mismo públicamente en un modo que obligará aún a los dudosos y detractores a revisar su opinión. Muchos boxeadores de club pueden hacer suya esta confianza por el ejemplo el anterior ganador del título de peso pesado Leon Spinks (quien, tristemente, intentó resurgir su carrera en el Gimnasio de Stoneland a principios de los 90 después de haber despilfarrado toda su fortuna): “Ves, mi padre decía que yo iba a llegar a nada. El solía decirle eso a la gente. Y me dolía escucharlo decir eso. Se quedó en mi cabeza. ¿Por qué diría eso? ¿Para qué? Llamarme tonto de repente. No en la cara pero a otras personas que me lo contaron. Y eso se convirtió en mi obsesión – ser alguien”.<sup>82</sup> La misma ansia por reconocimiento es articulada por un *journeyman* de treinta años del sur de Illinois que abandonó sus dos trabajos de medio tiempo como repartidor de pizzas y conductor de un auto blindado para dedicarse tiempo completo al boxeo, aunque su record de nueve derrotas sobre trece peleas apenas presagia un futuro prometedor en el negocio:

Me meto en el cuadrilátero porque voy a hacer que crean en mí algunas personas que dicen que no puedo hacerlo. Es por eso. Lo voy a lograr, voy a llegar a la cima (en voz baja, casi meditando) *comenzando desde abajo, yendo a la cima, sorprender a Springfield y al mundo*: todos estarán sorprendidos y todos querrán saber, cuánto lograste, y lo van a leer en el periódico.

Juntos, por lo tanto, el gimnasio y el cuadrilátero proveen una escena en donde la rectitud y el mérito personal pueden ser enérgicamente afirmados y exhibidos a través de la acción habilidosa y la fuerte autodeterminación.

Es aún en la alta estima y la amplia aprobación que los boxeadores profesionales reciben de su entorno social próximo en donde la moral local del pugilismo encuentra su expresión más palpable. En sus familias y su barrio, los boxeadores no son solo venerados por su rudeza y valentía como fue antes mencionado, sino que ellos son aclamados por proyectar una imagen profesional positiva de trabajo duro, disciplina y perseverancia. El respeto y el apoyo que ellos suscitan es inmediatamente perceptible en el cuidado orgulloso con el que los padres los tratan y la atención especial que sus amigos y conocidos les conceden, en encuentros en los que conocidos les preguntan por sus próximas peleas o les piden sus comentarios sobre algún combate televisado recientemente, así como

---

<sup>82</sup> Citado en Berger, *Punch Lines*, 97.

en la admiración alegre de los chicos que los siguen, rodean o disputan quien le lleva el bolso camino al gimnasio – sin mencionar a aquellos que se inscriben como nuevos reclutas. De todos los signos de aclamación que ha recibido, Lorenzo está más orgulloso de acercar jóvenes al boxeo: “a lo largo de los años de boxeo he traído alrededor de quince chicos al gimnasio, ¿entiendes?, de vez en cuando, y todo el mundo respeta eso y me respeta a mí en la calle donde me hablan de boxeo. Y doy un montón de charlas y les cuento cómo el boxeo *ayuda a los hombres*, ¿entiendes? como me enseñó un montón, me mantuvo fuera de las calles”.

Los pugilistas saborean ser “modelos a imitar” para otros jóvenes y adultos alrededor de ellos: ¿qué mayor afirmación *de la aceptación de uno en una comunidad moral* puede uno registrar que ser considerado un ejemplo a imitar por otros? “Uno quiere que los chicos lo admiren”, afirma Vinnie, “porque ahí sientes que lograste algo, que eres *alguien*, y ser un “modelo a seguir”, ¿entiendes? Eres alguien”.<sup>83</sup> Incluso los traficantes de drogas, esta vanguardia de la nueva clase de empresarios callejeros en las zonas céntricas pobres,<sup>84</sup> reconocen abiertamente la precedencia normativa de los boxeadores sobre la de ellos: “ellos me admiran. Porque ellos ven, que yo solo, *elegí algo* y me *quedé con eso* y yo soy algo y ellos me admiran”, reivindica un hombre negro de categoría mediopesado criado en una zona con alto nivel de crimen en el gueto del West Side de la ciudad en los límites de los cuales ahora está empleado como vigilante nocturno en un hotel.<sup>85</sup>

Los vecinos y familiares estiman a los boxeadores profesionales por su resuelta negativa a resignarse a la necesidad social, por pelear – literalmente – por tener una mejor vida para ellos mismos, y por resistir ya sea a sucumbir a la dependencia y desmoralización como les sucede a muchos habitantes del gueto o, peor aún, a volcarse a actividades criminales como medio para el sustento y progreso material. Ellos están agradecidos por el hecho que, contrario a la

---

<sup>83</sup> Vincent lo ve del mismo modo: “Puede que no esté en el centro de la atención pública *pero hay alguien ahí afuera que me está mirando, y que te admira*, de eso es de lo que tienes que tener cuidado. Y ahora mismo siento que soy un modelo a seguir, ¿sabes? Tengo *toneladas* de sobrinos y primos jóvenes e incluso, sabes, amigos e intento ser un modelo a seguir para ellos. Y eso es prepararme para el día en que logre ser el centro de la atención pública y haya millones de personas mirándome”. En cuanto a Tony, disfruta hacer el papel del modelo a seguir: “Ya creo que lo soy, porque todos me admiran. Estos chicos ya me piden autógrafos y todo. Hombre, es de verdad, es emocionante y siempre hay niños pequeños acercándose a mí todo el tiempo”.

<sup>84</sup> Phillipe Bourgois, “Homeless in El Barrio: La vie d’un dealer de crack à East Harlem”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales* 93 (junio de 1992): 59-68; Martín Sánchez-Jankowski, “The urban underclass in the United States: Aspects of mobility in the underground economy”, trabajo presentado al Departamento de Sociología, Universidad de California, Los Ángeles, mayo de 1993.

<sup>85</sup> Una de las grandes alegrías de los campeones locales (i.e. del estado) es andar por las escuelas del barrio y exhibir su cinturón del título recién ganado y dar charlas ritualizadas sobre el valor de la educación, el flagelo de las drogas y el imperativo moral del esfuerzo individual.

siniestra figura del vendedor de drogas, la industria pugilística está orientada, si vagamente, hacia el lado “legal” de la sociedad y agrega al bien común de la comunidad en vez de restarle. Es por esto que Rodney disfruta mezclarse con su “gente” sus visitas periódicas al South Side desde Las Vegas, donde ahora entrena y pelea gracias al apoyo financiero de su representante:

Ellos me miran como si estuviera haciendo *algo positivo*, haciendo algo *bueno*, haciendo ¿entiendes?, como si yo estuviera tratando de hacer, hacer algo *por mi, por mi mismo*, ¿entiendes? Ellos ven que no estoy pasando el rato en las calles y ¡ey, ey!, (entusiasmado) todos miran hacia mí, estoy haciendo lo correcto, estoy yendo por el buen camino, entonces. Nunca tomé ni vendí drogas, ni en una bandita, ni nada, nada de nada en mi vida.

Matt, quién explotó con éxito sus hazañas pugilísticas en un trabajo estable como un instructor del distrito de parques municipales, está orgulloso de pararse frente a los adolescentes de su “territorio” y ser la prueba viviente de que uno puede lograr salir del infame complejo habitacional de Stateway Gardens a través del trabajo duro y la abnegación obediente: “les mostré que vivía en los proyectos, que estaba decidido, ellos pueden estar decididos también, entonces pueden esperar con ansias eso, porque hay un montón de ellos que dicen “yo quiero ser como Matt” – puedes ser como Matt, (pero) pero tienes que estar totalmente entregado como yo.”

Si por no otra razón, el boxeo se experimenta como una fuerza positiva en la vida de aquellos que hacen de él una carrera a fuerza de la “*función profiláctica que juega con respecto al crimen callejero*” y otras enfermedades sociales relacionadas. Aun cuando hacen poco o ningún dinero y terminan en un impasse profesional, quedándose sin habilidades fácilmente transferibles o contactos útiles para volver a convertirse en profesionales,<sup>86</sup> el gimnasio y el cuadrilátero los ha sacado de las calles y protegido por el momento de los peligros que alberga. Por lo que han al menos *evitado los peores destinos* que tan a menudo han sufrido sus pares no boxeadores y sus amigos de la infancia, encerrados por el tríptico macabro de la prisión, el abuso y tráfico de drogas y la muerte violenta. Y ellos han hecho esto, parece, a través de la manifestación desafiante de voluntad individual y decencia moral, como mi amigo Curtis alega en su discurso característicamente ornamentado:

---

<sup>86</sup> El dilema irresoluble de la reconversión ocupacional desde una profesión que progresivamente reduce las mismas calificaciones que requiere está bellamente ilustrado en la conmovedora escena de Réquiem for a Heavyweight de Ralph Nelson, en la cual un boxeador retirado “Mountain” Rivera (interpretado por Anthony Quinn) hace una torpe incursión en la oficina de empleo solo para ser comparado a un lisiado veterano de guerra o un tullido por un bienintencionado funcionario de la oficina de empleo.

*Es tan fácil cagarla, y tan difícil hacer el bien.* Yo quiero hacer el bien. No quiero ir por el camino fácil. El boxeo es *la única salida para mí, la única.* Sé que puedo salir y robar, vender drogas o matar y robar a la gente. No quiero esa vida, Louie, no quiero eso para mí. No quiero ir por ese camino...no quiero *vivir esa vida, no quiero estar mirando para atrás el resto de vida preocupado porque* (susurrando como si estuviera asustado) alguien esté hablando sobre que les vendí esto o aquello y la policía buscándome – no quiero *esa reputación:* no quiero ser conocido como (se queja con desdén, con un énfasis ronco en “drogas”) “Curtis *el traficante de drogas.*”... he visto a un montón de mis amigos, un montón de tipos con los que crecí, que se han hecho adultos antes que yo, he visto a un montón de ellos *usando drogas y vendiendo drogas* e hice varias cosas para tratar de arreglar sus hábitos. Sacarles, ¿entiendes?, algo de droga, o ponerles algo de dinero en los bolsillos para tratar de cuidar de ellos. Sé que esa es la vida que ellos quisieron vivir y yo *elegí* lo opuesto.

Que el elegir la ocupación de boxeador profesional, y mantenerse en ella frente a la desilusión y algunas veces el fracaso indiscutido, puede ser un modo de afirmar su superioridad moral frente a aquellos que optan por – o ceden a – los negocios turbios de la economía informal, es claro al preguntarle a los boxeadores en donde estarían hoy si no fuera por el boxeo. La respuesta más frecuente apunta a la figura malévola de “La Calle” y su siempre demasiado familiar procesión de desempleo, abandono y destrucción. “Si no hubiera encontrado al boxeo, probablemente sería uno más de esos tipos en la calle”, reflexiona Dave en una respuesta que condensa la opinión de muchos de sus compatriotas. “No tomaba nada en serio en esa época, eh, me dio una sensación de *responsabilidad,* un sensación de hacer algo para respetarme a mí mismo y no, no andar en la calle y andar en peleas de pandillas porque no me llevaba a ningún lado.... Aprendí que puedo ir al gimnasio, pelear, aprender una ocupación y que me paguen por boxear en vez de pelear en las calles y no ganar nada”.<sup>87</sup>

Los preparadores asimismo interpretan su trabajo en parte como una empresa cívica que beneficia no solo al boxeador y su familia pero también a la sociedad en general. El asistente de entrenador de Stoneland Eddie pronuncia un vibrante sermón sobre la misión moral del pugilismo cuando se le pregunta sobre qué lo motiva a el a entrar a trabajar todos los días al gimnasio antes volver a tomar su turno en la fundición: “cuando vengo al gimnasio, *este es mi modo*

---

<sup>87</sup> En este sentido, los boxeadores son bastante representativos de su entorno próximo, que permanece fundamentalmente orientado hacia las “preocupaciones focales” dominantes norteamericanas de la independencia familiar, la realización individual y el éxito material no obstante informes recientes sobre “raza y respetabilidad” en el gueto basados en una conversación de restaurante y la observación periódística desde lejos (y desde fuera) que han, una vez más, restaurado las antiguas mitologías el “colapso moral” entre el proletariado negro (joven y malo), esta vez bajo el disfraz de salvataje de la clase obrera tradicional negra (vieja y buena, en rápida decadencia).

*de pelearle a las drogas en las calles y mi modo de expresarme ante la sociedad que deteriora a los adolescentes...* porque yo no puedo salir directamente y ser un vigilante y correr el riesgo de ir a la cárcel. Por lo tanto este es mi modo de hacer eso, ¿entiendes? Y cuando vengo al gimnasio y me siento así: siento que estoy *allí peleándole a todos esos vicios de afuera*. Es por eso que pongo tanto en esto”.<sup>88</sup> Y para aquellos que no necesitan de un antídoto contra el atractivo de la calle, el boxeo profesional ofrece un (temporal) aplazamiento y distracción de la pesadez del trabajo manual que de lo contrario los abatiría al denominador común más bajo de su clase – poder laboral sin distinción – como Danny hace evidente:

Si no hubiera encontrado al boxeo, estaría en una escuela de oficio como mecánico o algún tipo de obrero, o tal vez en una fábrica. Por eso es lo único que hay para mí (alegremente) quiero decir, *tengo suerte de haber encontrado al boxeo*. Porque ¿sabes?, yo estaría (con algo de amargura) como el resto de las minorías en Chicago, ¿entiendes?, trabajando en alguna fábrica o haciendo algun labor, arregládomelas.

No es de extrañar que pocos boxeadores profesionales se lamenten por haber entrado en su dolorosa ocupación. De los cincuenta pugilistas de la zona de Chicago, solo cuatro sostienen que estarían mejor hoy si no se hubieran dedicado a la profesión de golpes duros, y prácticamente todos creen que esta última los ha ayudado y ha enriquecido sus vidas.

### **Coda: una pasión inquietante y ambivalente**

En este artículo he buscado trazar en un boceto aproximado un dibujo del planeta pugilístico como sus principales habitantes lo ven, o les gusta imaginarlo. El dibujo resultante es, hay que reconocer, incompleto y parcial en que deliberadamente acentúa las seducciones y virtudes del boxeo profesional<sup>89</sup> en un

---

<sup>88</sup> Puedo citar páginas y páginas de extractos de entrevistas sobre este tema porque el impulso misionero es un leitmotiv de la cultura e imagen propia ocupacionales del entrenador. La idea de que el boxeo es una “escuela de carácter” que mejora la sociedad al servir como un dispositivo de prevención del crimen es de larga data; se presenta regularmente para hacer frente a los ataques legales o morales sobre el arte Masculino. No es claro que esté fundado en más que el sentido común ya que estudios empíricos rigurosos (tomando en cuenta efectos de selección y ejemplos parciales) proporcionan poca evidencia sobre que la participación atlética en general resulta en la construcción del carácter, el desarrollo moral y la buena ciudadanía (James H. Frey y D. Stanley Eitzen, “Sport and Society”, *Annual Review of Sociology* 17 (1991): 503-522, especialmente 506). Aun así, su función ideológica para los de adentro no debería oscurecer su veracidad experiencial (si no fáctica) profundamente sentida.

<sup>89</sup> Un próximo artículo complementario tratará específicamente los mecanismos y los lenguajes de la explotación en la economía pugilística (un esbozo parcial, motivado por el punto de vista del “organizador de partidos” que controla el acceso a la actuación pública, en Loïc J. D. Wacquant, “A

esfuerzo por hacer revivir el punto de vista del boxeador y su comprensión— considerando tanto su comprensión como su adopción — de la ocupación pugilística como un oficio de habilidad corporal. He sostenido que para entender el llamado del pugilista, su atractivo y resistencia, no es suficiente identificar los factores (negativos) del ambiente que “empujan” a los boxeadores dentro el cuadrilátero desde la nada. Uno debe también, y de hecho como prioridad, explicar las dinámicas (positivas) del primer plano que los “tiran” a través de la cuerdas desde adentro y los mantienen ahí. Para esto es necesario poner atención a los contornos vivos del boxeo profesional como un cosmos sensual, emocional y con una moral encerrada en sí misma en el cual el combate habilidoso y profético del cuerpo entrenado ofrece un “espacio de olvido”<sup>90</sup> de las restringidas vidas cotidianas y un andamiaje para el montaje público de un yo heroico hipermasculino.

Contrario a la afirmación de Gerald Early de que el boxeo es “anti-inteligible”,<sup>91</sup> yo sostengo que uno puede encontrar el sentido eminente de la aparentemente sin sentido ocupación del boxeo profesional, siempre y cuando uno abandone la opinión “desde de afuera mirando hacia adentro” del observador objetivo — y la postura moralizante que frecuentemente se deriva del escrutinio de la humilde ocupación desde arriba — para palpar de primera mano el tejido y la tela de la vida del boxeador al someterse uno mismo en su compañía a las triviales eventualidades, riesgos calculados y grandes ilusiones a las que ellos son sometidos. Una vez que nosotros registramos el atractivo del pugilismo a través de los ojos y el cuerpo perceptivo del boxeador, la tarea del análisis se convierte entonces en una de desmontaje de la maquinaria social que continuamente (re) produce esta concatenación peculiar de amor, furia, y compromiso que hace que hombres jóvenes de las zonas bajas del espacio social interpreten y adopten el arte Masculino como un conducto para lograr la dignidad y la redención que de otra manera les sería negada. En pocas palabras, consiste en explicar la génesis y el despliegue colectivo de la *libido pugilística*, esta variante particular del “interés socialmente constituido”<sup>92</sup> que impulsa a aquellos en quienes habita a conceder valor, y a entregarse cuerpo y alma, al ministerio pugilístico.

---

flash peddler at work: Money, pain, and profit in the boxing economy” trabajo presentado en la Sexta Conferencia Internacional Anual de Socio-economía, Jouy-en-Josas, Francia, Julio de 1994). Para una discusión sobre las realidades del riesgo, debilitación y deterioro físico, y como los boxeadores los majean, ver Wacquant, “A sacred weapon”. Un resumen estándar de las responsabilidades financieras, físicas y morales de boxeo profesional esta en Sammons, *Beyond the Ring*, 236-251.

<sup>90</sup> Para evocar (a través de Nancy Scheper-Hughes) la apropiada expresión del antropologista Roberto DaMatta (“An interpretation of carnival”, *Substance* 37-38 (1983): 162-170) en su análisis del lugar del carnaval en cultura y sociedad brasilera.

<sup>91</sup> Previamente, “American Prizefighter”, 161.

<sup>92</sup> Pierre Bourdieu, “L’intérêt du sociologue”, *Economies et Sociétés* 18 (octubre de 1984): 12-29.

Reconocer que el boxeador está unido a su oficio por una “relación casi-religiosa de dar”<sup>93</sup> es simultáneamente descubrir cuán tensa y a regañadientes esa devoción es. Uno no tiene que cavar muy profundo para encontrar fisuras en la pared de la fe pugilística, huellas de recelo e insinuaciones de duda corren como capilares bajo la piel de la creencia. La pasión que sujeta a los boxeadores a su oficio no engendra el estado de dicha y serenidad, la “absoluta riqueza en el sentimiento” (definición de amor de Hegel) que añoran. En su lugar, está plagado de ambivalencia e intranquilidad, incluso resentimiento en algunos barrios. Porque está teñido con un conocimiento apenas reprimido, también encarnado, del lado oscuro del pugilismo, lo que un púgil de Chicago, en un momento de sinceridad Freudiana, llama el “barbarismo” del deporte: la “rutina diaria” y la “tortura” que uno tiene que atravesar en la preparación para una pelea; el abuso físico que puede embrollar tu cerebro como si fuera huevos revueltos y el terror de ese golpe que puede hacerte “parecer a Frankenstein por el resto de tu vida”; la explotación despiadada que espontáneamente suscita analogías injuriosas con la esclavitud y la prostitución (“boxeadores es prostitutas y patrocinadores es proxenetas, así lo veo yo”) y amenaza con reducirte a un “pedazo de carne”; el control despótico que un pequeño grupo de representantes, organizadores de peleas y promotores – “esos con los zapatos de cuero” – ejercen sobre la distribución de la ganancia monetaria del boxeo profesional.

No es simplemente que el boxeo “no sea una ocupación bien profesionalizada” como observa Ed con un estudiado sentido de moderación, en la cual el subterfugio, la decepción y la traición son los caminos normales para manejar los negocios, una “estafa” en la cual se trata a menudo a los boxeadores con cuidado y consideración como si fueran “una barra de jabón” y en donde las posibilidades de hacer dinero son tanto minúsculas como desigualmente distribuidas desde el comienzo.<sup>94</sup> Debajo de todo esto, se encuentra la obscura comprensión de que, si uno no hubiera nacido cerca del fondo de la sociedad y disfrutado en su lugar

---

<sup>93</sup> Al menos en el comienzo de su carrera, el compromiso que el boxeador hace de su cuerpo con el boxeo presenta todas las características de “el don” de acuerdo con Mauss: es “voluntario, por decirlo de algún modo, aparentemente libre y gratuito, y aun así restringido e interesado” (Marcel Mauss, “Essai sur le don”, in *Sociologie et anthropologie*, Paris: Presses Universitaires de France, [1923] 1950), 147}.

<sup>94</sup> Por mucho que ellos se esfuercen en creer que el cuadrilátero es el máximo punto de meritocracia, los boxeadores no pueden ignorar que el sistema de patronaje y patrocinio que rodea el cuadrilátero en gran parte predetermina lo que sucede en él. Por lo tanto los boxeadores “protegidos” (aquellos que, basados en la reputación adquirida en los amateurs, se les garantiza libertad de acción para elegir a oponentes inferiores para poder “construir” su récord) y los boxeadores de club comunes y corrientes (que tienen que pelear con cualquiera que les mandan) entran en un sistema de doble vía de competencia que les da probabilidades de éxito ampliamente diferentes. Y los púgiles mediocres blancos, debido a la cercana extinción de su especie, buscan hacer más dinero que los más competentes pero más numerosos boxeadores latinos y negros.

los privilegios de heredar una aptitud y conexión para la escuela (o al menos para otros deportes menos duros) uno nunca se hubiera puesto los guantes. “Nadie con un Master en Gestión de Empresas está peleando, Louie”: los boxeadores profesionales son muy concientes que su “Cruel Profesión” no es otra cosas que “Un Juego de chico Pobre,” recordando la formulación escueta de James Baldwin,<sup>95</sup> y por eso lo suyo es un *cariño obligado*, un amor cautivo, en última instancia, un primogénito de la necesidad racial y clasista, aunque se levanta sobre y contra esta.<sup>96</sup> “Me hubiera gustado ser más alto, me hubiera gustado nacer en un familia rica, no sé, me hubiera gustado ser inteligente y tener el cerebro para ir a la escuela y convertirme en alguien realmente importante”, confiesa Vinnie cuando se le pregunta sobre qué le hubiera gustado cambiar en su vida. Está satisfecho con boxear “para la gente” de su alrededor porque espera que le permita darles todo lo que a él le ha faltado hasta ahora, y la victoria en el cuadrilátero lo hace feliz sin comparación. Aún así toma de mala gana su propio amor por el boxeo: “Para mí, es decir, no *soporto* el deporte, odio el deporte, (pero) está tallado dentro mío por eso no lo puedo dejar ir”.

Ningún boxeador, ni siquiera el más exitoso y encantado, es completamente inmune al sentimiento persistente de inquietud y aprensión arraigado en el hecho inflexible de que aquellos que se roban el dinero generado por este espectáculo extravagante de la furia disciplinada de los hombres de clase baja que es el boxeo profesional son precisamente aquellos que, si les dieran la libertad de desarrollar un verdadero amor por el boxeo, no lo harían. Luego de recapturar el título de peso pesado en un combate inverosímil y épico contra George Foreman en Kinshasa, Zaire, en el apogeo del éxito y la fama, Muhammad Ali no pudo contener esta confesión:<sup>97</sup>

De verdad, boxear fue lo único que he hecho en mi vida, pero siempre hubo algo que se revelaba en su contra. Tal vez era porque aquellos que sacaban provecho de él no pensaban en boxeadores como humanos o inteligentes. Nos veían como hechos sólo para entretener a los ricos... entonces estaba siempre esa espeluznante imagen que tenía de dos esclavos en el cuadrilátero. Como en las viejas épocas de esclavos en la plantación,

---

<sup>95</sup> El ensayo de Baldwin, “The fight: Patterson vs. Liston”, desde donde se sacaron estas palabras, fue publicado primero en *Nugget* en febrero de 1963 y reimpresso en Gerald Early, *Tuxedo Junction*, 325-334.

<sup>96</sup> Los boxeadores son evidentemente llamados al cuadrilátero por la estructura existente de relaciones de género que dicta que los hombres (“reales”) demuestran “coraje, dirección interna, cantidades considerables de resistencia de mente y cuerpo” (Patricia Sexton como se cita por Tim Cardigan, Bob Connell y John Lee, “Toward a New Sociology of Masculinity”, *Theory and Society* 14/5 (septiembre de 1985): 603. Pero, a diferencia de su equivalente en casta y clase, el componente de género de la doxa pugilística permanece incuestionable.

<sup>97</sup> Ali y Dirham, *The Greatest: My Own Story*, 247.

con dos de nosotros, dos esclavos grandes y negros boxeando, casi al borde de aniquilarnos el uno al otro mientras los amos fuman grandes cigarros, gritan y nos alientan buscando sangre.

Finalmente, el amor del pugilista por su oficio está teñido por el rencor debido al conocimiento doloroso, aunque sumergido, de que el amor no será, de hecho *no puede*, ser incondicionalmente correspondido. Ya que para elevar a unos pocos elegidos, la *Sweet Science* del dolor debe por necesidad engañar y degradar a otros muchos, y de manera permanente. ¡Y cuán fácil es cruzar la frontera invisible entre autodominio y desposeimiento! Los boxeadores saben por experiencia que el boxeo “puede *lastimarte* tanto como puede ayudarte”, citando nuevamente las concisas palabras de Vinnie, que “te puede convertir en el mejor del mundo, te puede convertir en el peor del mundo”. El boxeo puede elevarte y arrebatarte tu existencia de las mandíbulas de la locura y la oscuridad, pero puede al mismo tiempo empujarte y ponerte en una trampa más adentro del mismo mundo de marginalidad y miseria del cual dice rescatarte. Bien profundo merodea la sospecha, entonces, que la vista desde la cima de la montaña de la hombría pugilística puede no valer el ascenso agonizante para llegar ahí. Entonces el boxeador más dedicado y cariñoso no puede hacer otra cosa más que estar obsesionado con la posibilidad de que el encantamiento del que forma parte es en verdad una maldición, y que los lazos del amor pugilístico son muchas cadenas que los mantienen dentro de una prisión de deseo y sufrimiento de su propia fabricación: “si tengo algún remordimiento en el boxeo”, admite Nate, “Me arrepiento de ponerme el primer par de guantes. Ahora no te diré, (quejido) hombre, siento haberme puesto estos guantes pero si (hubiera dicho), (francamente) oye hombre, ¡no me voy a poner estos guantes!, de ese modo no hubiera tenido ese *impulso por boxear*: ves (bajando la voz) es difícil deshacerse de ese impulso”.

Al fin y al cabo, no hay escapatoria al hecho de que, sea victorioso o derrotado, el boxeador deja partes de él mismo en el cuadrilátero. Cada pelea, cada asalto, cada golpe que conecta debilita la estatua viviente de virilidad engrandecida que está luchando por esculpir con el barro de dolor, sudor y sangre. En algún punto, en el fondo, el boxeo es horroroso aún para los boxeadores (y entrenadores) y quebranta su sentido de humanidad, aunque aprenden a no sentir y mostrar esto, incluyendo a ellos mismos, como un requisito imperativo de la membresía de la “iglesia” de Durkheimian del boxeo profesional. La pasión del boxeador es entonces arrancada a pedazos por la contradicción ineludible alrededor de la cual el planeta pugilístico gira, y que no es otra cosa que contradicción constitutiva de todas las pruebas mundiales de masculinidad,<sup>98</sup> a saber la demanda que

---

<sup>98</sup> “La masculinidad se estructura mediante la contradicción: cuanto más se reafirma a sí misma, más se cuestiona” (Lynne Segal, “Changing men: Masculinities in context”, *Theory and Society*)

los boxeadores disminuyen, más aun arruinan, la cual les enseña a valorar sobre todas las cosas al punto tal del sacrificio: el cuerpo masculino violento, el suyo y el de sus semejantes.

Esta es la razón por la que, a pesar del afecto que prometen a su oficio y las alegrías incomparables y los beneficios reales que les trae en su propia estima – desde dignidad, respeto y reconocimiento a disciplina, confianza en sí mismos e inmunidad temporaria de la “vida rápida” de las calles y sus peligros – la arrolladora mayoría de los boxeadores no desean que sus hijos sigan sus pasos. Más del 80 por ciento de los pugilistas de Chicago, aproximadamente la misma proporción que ve en el boxeo un escape para salir de la pobreza, preferirían que sus hijos no entren en el oficio. No es tampoco poco común para los boxeadores que alcanzan un gran nivel en su profesión tratar de evitar que sus hermanos mas jóvenes sigan su ejemplo.<sup>99</sup> Y uno de cada cuatro se mantiene firme en que haría cualquier cosa en su poder para suspender tal suceso. Danny enuncia esta reticencia intuitiva y visceral, tanto como cualquiera de sus compañeros:

No, no, *ningún boxeador quiere que su hijo* (boxee), quiero decir puedes oírlo, puedes oírlo incluso en la época de (Jack) Dempsey: nunca quieres que tu hijo pelee – *esa es la razón por que tú peleas, así él no podrá pelear...* es demasiado duro, es demasiado difícil.

LW: pero te gusta, tu dices que sientes mucha emoción ahí afuera y que no quieres dejarlo, ¿no?

Danny: es verdad, pero eh, antes de sentir esa emoción, tuve que pagar con un montón de narices sangrando, ojos morados, eh, hubo mucho dolor antes de poder disfrutar eso. Si el pudiera *dedicarse a los libros* y estudiar ¿entiendes?, conmigo teniendo algo de formación en la escuela y demás, podría ayudarlo. Mis padres, nunca tuve a nadie que me ayudara.

Si los boxeadores rehúsan la idea de exponer a sus seres amados, sangre de su propia sangre, a las despiadadas experiencias del cuadrilátero, es porque ellos saben demasiado bien, en un sentido, todo lo que no pueden reconocer, porque al hacer eso destruirían las bases de su fe en la *illusio* pugilística. Tal vez

---

22/5 (octubre de 1993): 635). Traté en otro lugar de demostrar este punto en más detalle en el caso del culturismo (“Porque los hombres desean músculos”, *The Body and Society: An Interdisciplinary journal*, próximamente).

<sup>99</sup> Así, Muhammad Ali y su hermano Ramhan, o el reciente más exitoso boxeador de Chicago Matt (que ganó un título mundial) con su hermano Kay (que vegeta como *journeyman* local).

sólo su aura de sacrificio y la esperanza de que *otros* reconozcan y cosechen los beneficios de su participación – “estoy recibiendo suficiente castigo por todos”, “estoy haciendo esto para que mi hijo no tenga que hacerlo” – pueden reforzar la creencia de que vale la pena entrar en este oficio de habilidad corporal que es también, en otro nivel, un torneo espantoso de destrucción propia y mutua.

El cariño de los boxeadores a su oficio, entonces, es una *pasión sesgada y maliciosa*, siempre contaminada por la sospecha de que uno puede estar pagando un precio demasiado excesivo por la oportunidad de hacerse a uno mismo – más excesivo, en cualquier nivel, que cualquier otro que disfruta el acceso a otros caminos de realización ontológica y reconocimiento social este dispuesto o pedido a cargar. Los boxeadores comprenden confusamente en algún lugar, de algún modo, con este sexto sentido que han perfeccionado mientras arriesgaban sus cuerpos en el cuadrilátero, que son, por así decirlo, víctimas de su deseo por la viril política arriesgada. Solo al desempacar la lógica de la economía material y moral del boxeo uno puede esperar desenmarañar cómo el poder y la sumisión, restricción y agencia, placer y sufrimiento se mezclan y asisten de tal modo que los boxeadores profesionales pueden ser al mismo tiempo sus propios salvadores y atormentadores.

### **Dedicatoria**

Este trabajo está dedicado a la memoria de Vinnie “Nitro” Letizia. El quería “ser el campeón del mundo y estar económicamente estable para que nadie en mi familia tuviera alguna vez que boxear o pasar por el trabajo duro de nuevo, y si ellos quisieran algo, mi familia, mis hijos, cuando sean grandes, puedan tenerlo”. Una motocicleta y una carretera resbaladiza en una fría noche de invierno decidieron que no se le permitiría “ir tan lejos como quería para poder respaldar ese sueño”.

### **Reconocimientos**

Este artículo es un fragmento de un estudio más amplio en progreso de la cultura y la economía del pugilismo en el gueto hecho posible en parte por la Asociación Lavoisier del gobierno Francés, la Society of Fellows y la Fundación Milton de la Universidad de Harvard, y la Fundación Russell Sage. Se benefició de los comentarios y reacciones de un trabajo relacionado sobre “The Self-Production of Professional Fighters” presentado en la New School for Social Research, una conferencia sobre “Boxing as a Durkheimian Social Art” dada en la Universidad de San Pablo, y a una charla con el mismo título presentada en la Sociology Department Colloquium Series en UC- Berkeley”.

El estímulo también surgió de las perplejidades y las consultas de un número de amigos y colegas, entre ellos Janet Abu-Lughod, Michael Kimmel,

Nancy Chodorow, Mustafa Emirbayer, Bob Alford, Jeff Manza, Viviana Zelizer, y Ira “Central Park” Katznelson. La penúltima revisión tomó en consideración, aunque imperfectamente, las sugerencias directas de Pierre Bourdieu, Rick Fantasia y Roger Brubaker. Robert K. Merlton sometió el manuscrito a un riguroso examen analítico y estilístico que fue una experiencia de aprendizaje en sí mismo, mientras que Jack Katz suscitó una abundancia (o tejido) de cuestiones que requerirían escribir una larga continuación al presente trabajo.